

# DIALECTICA

Revista mensual dirigida por  
**ANIBAL PONCE**

●  
**LASSALLE - De la esencia de una  
constitución.**

**FRIEDMANN - Materialismo dialéctico  
y acción recíproca.**

**GORKI - A propósito de la cultura.**

**ANIBAL PONCE - Comentarios Marginales.**

#### ANÁLISIS DE LIBROS Y REVISTAS

LAFARGUE: *Porqué cree en Dios la burguesía.* — MALLEA: *Nocturno Europeo.* — ACEVEDO DIAZ: *Argentina te llamas.*  
DIAZ USANDIVARAS: *Carta abierta al Intendente Municipal.*

#### NOTICIAS Y COMENTARIOS

*Secuestro de un libro de versos.* — *Bolivar y Marx*

●  
Año 1 - N.º 5 - BUENOS AIRES - Malpú 220

JULIO 1936

Precio 0.50 cts.

# DIALECTICA

REVISTA MENSUAL Dirigida por ANIBAL PONCE

MAIPU 220

BUENOS AIRES  
ARGENTINA

PRECIO DEL EJEMPLAR  
0.50 CTS.

SUSCRIPCIÓN A SEIS  
NÚMEROS \$ 2.50

SUSCRIPCIÓN A DOCE  
NÚMEROS \$ 5.00

REMITASE EL IMPORTE EN  
CHEQUE POSTAL A NOMBRE  
DE "DIALECTICA"

La revista DIALECTICA aspira a poner al alcance de los estudiosos, con un minimum de gastos, el vasto tesoro de los clásicos del proletariado y los nuevos estudios que mediante el método del materialismo dialéctico están renovando la ciencia y la cultura.

Universal por la amplitud de su horizonte, DIALECTICA hará accesible una multitud de ensayos y monografías no traducidos jamás al castellano o que aún en el caso de haber sido traducidos, continúan siendo una rareza de bibliófilos.

En el momento en que asistimos al choque decisivo de dos culturas, es urgente esclarecer, — mediante el tratamiento directo de los clásicos del proletariado, — los caminos que conducirán a la liberación del hombre.

En la realidad como en el espíritu, no es posible ascender de una etapa a otra sino negando y anulando. «El No — decía Hegel — es la palanca del devenir». Pero la negación que la dialéctica impone no es destrucción ni aniquilamiento. De la cultura que agoniza, ella tomará los elementos legítimos para incorporarlos y desenvolverlos en la cultura más perfeccionada que le seguirá.

Y así, negando y afirmando, la marcha en espiral de la dialéctica nos conducirá victoriosamente hacia adelante. Demasiado bien sabemos lo que implica en el momento actual la responsabilidad de un pensamiento para quien no existen los distinguos de la teoría y de la práctica. Aspera es la ruta por la cual nos echamos hoy a caminar. Pero el viejo Heráclito, que entrevió la dialéctica, ahí está para enseñarnos todavía que la lucha — polemos — es la madre de las cosas.

# DIALECTICA

AÑO 1 - N.º 5

JULIO 1936

## De la Esencia de una Constitución por Fernando Lassalle

Señores:

Se me ha invitado a pronunciar una conferencia (1) ante esta honorable asamblea y he elegido un tema que se recomienda por sí mismo a causa de su palpante actualidad. Hablaré sobre "la esencia de una constitución".

Recalcaré, señores, que mi conferencia será estrictamente científica. No obstante, o para ser más exacto, "a causa de esto mismo", no hay ninguno de entre ustedes que no pueda seguir dicho tema desde el comienzo hasta el fin y que no lo comprenda completamente.

La verdadera ciencia, señores — y es bueno recordarlo siempre —, no consiste más que en esta claridad de pensamiento que, sin hacer la más pequeña suposición, lo extrae todo de sí misma y, precisamente, a causa de ello, acapara la lógica del oyente atento y se le impone con violencia.

Esta claridad de pensamiento no exige, pues, del auditorio la más mínima "hipótesis" particular. Por el contrario, puesto que como a menudo se ha recalcado, la claridad reside en la falta de prevención en el pensamiento, la claridad no tolera jamás las suposiciones. Exige sí que el oyente no tenga preconceptos de ninguna especie, ningún prejuicio establecido; pero le impone estudiar de nuevo el tema sobre el cual a menudo ha podido hablar y pensar, como si no supiera nada en forma cierta; renunciando así, por lo menos, mientras dure este estudio, a todo aquello que tenía costumbre de admitir.

Comienzo, pues, mi conferencia planteando este problema: ¿qué es una constitución; cuál es la esencia de una constitución? Todos, señores, desde la mañana hasta la noche hablan hoy sobre la constitución. En los diarios, en las sociedades, en los cafés, se habla inafatigablemente de este asunto.

Y, sin embargo, cuando, seriamente, dirijo esta pregunta: ¿cuál es la esencia, la noción de constitución?, me temo que de todos esos discutidores pocos sean capaces de dar una respuesta satisfactoria.

(1) Esta conferencia fue pronunciada por Lassalle durante el periodo electoral de abril de 1862 en diversas asociaciones políticas de Berlín.

Muchos de entre ellos optarán por dirigirse a una recopilación de leyes para mostrarnos allí a la constitución prusiana.

Pero, verán, en seguida, que no es allí donde está la respuesta a mi pregunta; porque lo que se encuentra ahí es el contenido particular de una constitución particular, de la constitución prusiana; y que de ninguna manera dicho texto puede responder a la pregunta: ¿cuál es la esencia, cuál es la noción de constitución en general?

Si planteo esta pregunta a un jurista, me responderá, probablemente, en la siguiente forma: "constitución es un pacto celebrado entre el rey y el pueblo, pacto que fija los principios fundamentales de la legislación y del gobierno en un país". O bien dirá, en forma más general, puesto que existen constituciones republicanas: "constitución, es la ley fundamental proclamada en un país que fija la organización del derecho público en dicha nación".

Pero todas estas definiciones jurídicas y todas las formales están lejos de responder adecuadamente a la pregunta. En efecto, todas contienen una descripción puramente exterior; explican cómo se establece una constitución, cuáles son sus funciones, pero no la premisa: ¿qué es una constitución? Se dan criterios, signos indicadores gracias a los cuales se puede, exterior y jurídicamente, distinguir una constitución, pero no se nos dice cuál es la noción, la esencia de una constitución.

Se nos deja también en una completa ignorancia acerca de si una constitución dada es buena o mala, posible o imposible, duradera o no. En realidad, estas respuestas no podrían derivar sino de la noción misma de constitución; es necesario, desde luego, conocer la esencia de una constitución para saber si una determinada constitución está de acuerdo con ella y en qué relaciones se encuentran.

Pero, precisamente, esta especie de definición, jurídica y exterior, que se aplica igualmente a toda hoja de papel firmada por una nación —o por una nación y su rey— y que se declara ser una constitución, nos deja en ignorancia absoluta acerca del asunto principal, cualquiera sea, desde luego, el contenido de dicha hoja de papel. Únicamente la noción de constitución, y ustedes se convencerán cuando la hayamos obtenido, puede ser la fuente de todo arte y todo saber constitucionales. Renuevo, pues, mi pregunta: ¿qué es una constitución, cuál es la noción, la esencia de una constitución? Para saberlo emplearemos un método, que es bueno cuando se trata de obtener la noción clara de un objeto. Este método, señores, es simple; consiste en comparar el objeto cuya noción se busca con otro que le es semejante; luego, se trata de discernir clara y netamente las diferencias entre estos dos objetos.

Fiel a este método comenzaré por preguntarme en qué se distingue una constitución de una ley. Tanto la ley como la constitución tienen, evidentemente, una esencia común. Una constitución debe tener fuerza de ley; es necesario, por lo tanto, que sea también una ley. Pero no debe ser una simple ley, debe ser algo más que la ley; hay, por lo tanto, una diferencia. Muchos hechos nos probarían que existe esa diferencia y que la constitución no es una simple ley, sino algo más.

Es así, señores, que ustedes no se inquietan cuando se promulgan nuevas leyes. Al contrario, saben que es casi necesario que todos los años se dicten leyes más o menos numerosas y, sin embargo, ninguna de ellas puede existir sin modificar las relaciones jurídicas existentes hasta entonces, porque, si la nueva ley no modificara el estado jurídico anterior, sería superflua y no se promulgaría. Ustedes no toman a mal, pues, la modificación de las leyes; al contrario, la consideran como la tarea regular de los gobiernos. Pero si se toca a la constitución, en seguida se ponen ustedes en guardia y comienzan a gritar: "se ha atentado contra nuestra constitución". ¿De dónde surge esta diferencia? Es tan notoria que en muchas constituciones se ha declarado que sólo se puede introducir modificaciones con la aprobación de las dos terceras partes de los votos del cuerpo legislativo, en vez de la simple mayoría. En otras constituciones, el cuerpo legislativo no puede jamás, ni aún de acuerdo con el poder, introducir modificaciones en la constitución, y si se decide a ello, sería necesaria la elección extraordinaria de una nueva asamblea para decidir acerca de la modificación a introducir.

Todos los hechos nos prueban, pues, que el sentimiento común de las naciones considera a la constitución como a algo sagrado, fijo, más inmutable que una ley ordinaria.

Retorno, pues, a mi pregunta. ¿En qué se distingue una constitución de una ley ordinaria?

Habitualmente se responde a esta pregunta en la forma siguiente: una constitución no es una ley como cualquiera otra sino que es la ley fundamental del país. Y es muy posible que esta respuesta contenga la verdad aunque bajo una forma velada y poco clara. Pero la poca claridad de esta respuesta nos lleva a este otro problema: ¿en qué se distingue una ley de una ley fundamental? No hemos avanzado más que antes; sólo hemos adquirido un nuevo término: ley fundamental, que no nos sirve mientras no podamos establecer cuál es la diferencia existente entre una ley y una ley fundamental.

Tratemos de examinar nuestro asunto en forma tal que podamos estudiar cuáles son las nociones contenidas en la expresión: ley fundamental. En otras palabras, busquemos cómo se debe distinguir una ley fundamental de una ley ordinaria, cuando la primera corresponde exactamente a su designación.

Una ley fundamental deberá, pues:

1) Ser una ley más "fundada" que cualquiera otra, como lo indica la palabra fundamental.

2) Constituir el fundamento de las otras leyes; así, pues, la ley fundamental debe intervenir activamente en las otras leyes ordinarias, puesto que debe constituir el fondo. Por lo tanto, la ley fundamental debe hacer sentir su acción en las otras leyes ordinarias.

3) Pero un objeto que tiene una razón de ser no puede ser arbitrariamente ésto o aquello; debe ser lo que es; su base no tolera que sea otra cosa; sólo los objetos desprovistos de base y, por consiguiente, accidentales, pueden ser como son y de otro modo. Pero el objeto que reposa sobre un principio es necesariamente lo que es.

Por ejemplo: los planetas tienen un cierto movimiento; este movimiento tiene o no tiene una razón que lo determina. Si no la tiene, el movimiento será fortuito, cambiará a cada momento. Pero si existe una razón que es, como nos lo dicen los físicos, la fuerza de atracción del sol, se sigue de ello que este movimiento de los planetas está determinado y regulado por su razón de ser —la fuerza de atracción del sol—, y en forma tal, que no puede ser distinto a lo que es. En la noción de causa se encuentra la de una necesidad activa, de una fuerza actuante que hace de su efecto lo que realmente es.

Si la constitución representa la ley fundamental de un país —y ahora, señores, entrevemos el primer rayo de luz—, la constitución debe ser algo que habrá que determinar aún con más cuidado; o, como lo acabamos de ver de paso, una fuerza activa que hace necesariamente lo que son a todas las otras leyes e instituciones jurídicas promulgadas en un país. A punto tal que ninguna ley en ese país, no puede ser distinta a lo que es.

Pero, señores, ¿hay en un país —y gracias a esta pregunta comienza a brillar la luz plenamente— una fuerza activa, determinante, que actúa sobre todas las leyes promulgadas de manera que éstas son necesariamente como son y no distintas?

Ciertamente, señores, existe algo semejante: son las relaciones reales de dominio y subordinación que se encuentran en una sociedad dada.

Esas relaciones reales que se encuentran en toda sociedad constituyen la fuerza activa que determina todas las leyes y todas las instituciones jurídicas de tal manera que, para lo esencial, no pueden ser diferentes de lo que son en realidad.

Trataré de explicarme claramente por medio de un ejemplo concreto. En la forma que lo presento no será absolutamente posible; pero sin tener en cuenta, como más adelante se verá, que bajo otro aspecto este ejemplo llega a ser ciertamente posible, no nos importa ahora que pueda producirse, sino que gracias a él podamos conocer la naturaleza de los objetos tal como se descubriría si el mismo ejemplo se realizara.

Ustedes saben, señores, que en Prusia sólo tiene fuerza de ley lo que ha sido publicado en la recopilación oficial de las leyes. Esta recopilación se hace en la imprenta de la Corte de Decker. Los originales de las leyes se conservan en ciertos archivos públicos, las colecciones impresas se guardan en otros archivos, bibliotecas y depósitos.

Supongan, ahora, lo siguiente: se produce un gran incendio, semejante al de Hamburgo, y todos estos archivos, bibliotecas, depósitos y la imprenta de la Corte de Decker se queman; por una serie de circunstancias realmente extraordinarias, lo mismo se produce en otras ciudades del reino y hasta en las bibliotecas de simples particulares, en los cuales se encuentran recopilaciones de leyes. A causa de esto ocurriría que en Prusia, no quedaría ni una sola ley en forma auténtica. Esta catástrofe habría privado al país de todas sus leyes, y sólo restaría hacer otras nuevas. ¿Ustedes creen, señores, que el trabajo comenzaría en cualquier forma, que se podrían hacer leyes cualesquiera, como convendría a cada uno? Vamos a ver.

Supongo el caso en que podríamos decir: fueron destruidas todas las leyes; haremos ahora otras nuevas y no queremos acordar a la dignidad real el lugar que ocupaba antes; o aun más, no le queremos reconocer ninguno.

Por supuesto, el rey responderá: las leyes pueden haber sido destruidas, pero de hecho, el ejército me obedece, está bajo mis órdenes; los comandantes harán salir los cañones de los cuarteles y arsenales, la artillería ocupará las calles y apoyándome en esta fuerza efectiva no toleraré que ustedes me impongan una situación distinta a la que yo quiero ocupar.

Ustedes ven, señores: un rey a quien obedece el ejército y los cañones, es un fragmento de la constitución.

O bien, todavía; supongo el siguiente caso. Ustedes se dicen, somos dieciocho millones de prusianos; entre éstos se encuentra un número pequeño, ínfimo, de nobles grandes terratenientes. No vemos la razón por la cual este número ínfimo de grandes propietarios deba ejercer la misma influencia que los dieciocho millones juntos; estos propietarios constituyen, en efecto, una cámara de Señores que examina las decisiones de la cámara de los Representantes elegida por toda la Nación y las rechaza cuando tienen alguna trascendencia. Supongo que se habla y se dice así: todos nosotros somos señores y no queremos más que una Cámara especial.

Y bien, señores: en tal caso los nobles grandes terratenientes no podrían hacer marchar a sus campesinos en contra de ustedes. Por el contrario, tendrían más bien que dispararles.

Pero los grandes señores terratenientes han tenido siempre una influencia muy grande en la corte y sobre el rey, y gracias a ella pueden poner en movimiento al ejército y los cañones con tanta facilidad como si los medios de dominio estuviesen directamente a su disposición.

Ustedes ven, pues, que una nobleza que ejerce influencia sobre el rey y la corte, es igualmente un fragmento de la constitución.

O bien, todavía, supongamos el caso contrario: el rey y la nobleza se han puesto de acuerdo para restablecer el régimen de corporaciones como en la Edad Media, y para no contentarse con aplicarlo al pequeño comercio, como se ha tenido la intención hace varios años, lo quieren restablecer tal como existió en la Edad Media y extenderlo a toda la producción de la sociedad, a la gran industria y a la fabricación, a la producción por medio de máquinas. Ustedes saben, señores, que es imposible que el gran capital produzca si se le impone el sistema corporativo que data de la Edad Media. La gran industria, la fabricación, la producción mecánica no pueden continuar bajo el régimen de las corporaciones; en efecto, bajo dicho sistema, existían por todas partes límites legales entre las distintas ramas del trabajo, aun entre las más próximas: ningún industrial podía reunir dos de estas ramas en su explotación. Las lavanderas, por ejemplo, no podían zurcir un agujero.

Entre los cerrajeros y carpinteros existían procesos interminables acerca de sus respectivas industrias. Los que imprimían tejidos de algodón no podían ocuparse del teñido. De la misma

manera, bajo el sistema de las corporaciones, la cantidad de productos que el industrial podía fabricar estaba regulado con exactitud, porque en cada rama y en cada localidad, cada patrón debía ocupar una misma cantidad de fuerzas de trabajo legalmente fijada.

Ustedes ven que por esas solas razones, la gran producción y la producción por medio de máquinas y por un sistema de máquinas no podría subsistir un solo día bajo el régimen corporativo. En efecto, esta producción en gran escala exige, imperiosamente, ante todo, la reunión de los oficios más diversos puestos al servicio del mismo capital y, además, la producción en masa y la libre concurrencia, es decir, el empleo ilimitado y en cualquier forma de las fuerzas de trabajo. Si, no obstante todo esto, se quisiera introducir ahora el régimen corporativo, ¿qué pasaría?

Los señores Borsig, Egels, etc., los grandes fabricantes de telas, de sedas, etc., cerrarían sus fábricas y despedirían a sus obreros; en consecuencia, la dirección de ferrocarriles estaría obligada a hacer lo mismo, el comercio y la industria se paralizarían, un gran número de jefes de explotaciones despedirían a sus obreros, voluntariamente o a la fuerza; toda esta masa enorme de gente se volcaría en la calle pidiendo pan y trabajo; detrás de ella, las gran burguesía la excitaría con su influencia, le daría ánimos por la consideración de que ella goza, le proporcionaría una ayuda gracias a sus medios: estallarían así, una lucha en la cual la victoria no estaría de parte del ejército. Por lo tanto, señores, ustedes ven que los señores Borsig y Egels son un fragmento de la constitución.

Supongamos aún el caso en que el gobierno tomara medidas que pudieran dañar los intereses de los grandes banqueros.

El gobierno resolvería, por ejemplo, que el banco real no debe proporcionar, como hace actualmente, a los grandes banqueros y capitalistas, créditos a bajo interés, puesto que tienen ya a su disposición todo el dinero y el crédito y pueden con su sola firma negociar con la banca, es decir, obtener crédito; que, al contrario, el banco real debe dar créditos a la pequeña burguesía y al pueblo. Si se da al banco real una organización capaz de llegar a tal resultado, ¿qué sucedería, señores?

Y bien, señores, no estallarían, con seguridad, una insurrección, pero con el gobierno actual las cosas ocurrirían de este modo.

En efecto, señores, de vez en cuando, el gobierno se encuentra en una situación tal, se ve obligado a emplear tales medios, tales cantidades de dinero que no puede esperar obtenerlos por medio de los impuestos. En ese caso, sale de la dificultad tomando dinero adelantado, hace empréstitos y emite bonos; para conseguir esto, necesita de los banqueros. Sin duda, a la larga, la mayor cantidad de estos bonos pasan a las manos de toda la clase pudiente de la nación y de los pequeños rentistas; pero esto exige, a menudo, mucho tiempo. Como el gobierno quiere tener el dinero rápidamente y en efectivo o a plazos breves, necesita, pues, intermediarios que le proporcionen toda la cantidad de una vez y que asuman la tarea de colocar entre el gran público los valores que han obtenido, aprovechando de paso el aumento de las coti-

zaciones que pueden producir artificialmente en la Bolsa. Estos intermediarios son los grandes banqueros; mal puede el gobierno, actualmente, malquistarse con ellos.

Ustedes ven, pues, que los banqueros Mendelsohn, Schickler y la Bolsa en general, constituyen un fragmento de la constitución.

Pero supongamos aún que el gobierno quiere, por ejemplo, promulgar una ley penal como la que existe en China, según la cual se castiga al padre de aquel que ha cometido un robo. No se podría realizar tal proyecto puesto que la educación, la conciencia general se opondrían a dicha medida; todos los funcionarios y consejeros privados protestarían y los miembros de la Cámara de los Señores harían objeciones. Ustedes ven, entonces, señores, que dentro de ciertos límites, la conciencia general, la instrucción general constituyen también un fragmento de la constitución.

Supongamos aun más, que el gobierno decide satisfacer a la nobleza, los banqueros, los grandes industriales y capitalistas, y quitar, en cambio, a la pequeña burguesía y obreros su libertad política. ¿Podría realizarse, señores? Claro está que sí, puede realizarse durante cierto tiempo, como ya lo hemos visto y más tarde lo veremos otra vez.

Pero ahora, supongo lo siguiente: se quiere quitar a la pequeña burguesía y al obrero no sólo su libertad política, sino también su libertad personal; en otras palabras, transformarlos en siervos, como era el caso en muchos países durante la lejana época medieval. ¿Llegará a tener éxito, señores? No; y aún si el rey, la nobleza y toda la burguesía se unieran, esta tentativa no se realizaría. En efecto, en este caso se dirá: es preferible la masacre antes que sufrir semejante cosa. Sin necesidad de que Borsig y Engels tuviesen que cerrar sus fábricas, los obreros se lanzarían a las calles, la pequeña burguesía les prestaría su ayuda, y su resistencia, su unión sería muy difícil de vencer. Ven ustedes, señores, que en ciertas circunstancias completamente extremas, todos ustedes constituyen un fragmento de la constitución.

Hemos visto, pues, señores, que la constitución de un país está determinada por la relación de las fuerzas reales existentes en esa nación.

Pero, ¿qué relación existe, entonces, entre lo que ordinariamente se llama constitución y la constitución jurídica? Bien, señores, ahora lo ven ustedes en seguida. Se transcriben esas relaciones reales en una hoja de papel, se les da forma escrita, y cuando están así transcritas, no constituyen ya simples relaciones reales, sino que se han transformado en un derecho, en instituciones jurídicas, y cualquiera que las ataque será castigado.

De igual modo, señores, ustedes pueden ver en forma clara cómo se procede a la transcripción de esas relaciones "reales" que devienen así, relaciones jurídicas.

No se trata de escribir: el señor Borsig forma una parte de la constitución, el señor Mendelsohn forma otra parte de la constitución, etc.; sino que se expresa ese hecho en una forma mucho más refinada. Si se quiere establecer, por ejemplo, que el pequeño número de grandes industriales y de grandes capitalistas deben poseer en la monarquía tanto poder o más que el de todos los

ciudadanos juntos, obreros y campesinos, se guardará muy bien de expresarlo abiertamente, sin ocultar nada. Para eso se promulga una ley, como, por ejemplo, la ley electoral de las tres clases, otorgada en 1849, que divide a la nación en tres clases de electores, según el impuesto que pagan, y que se fija, naturalmente, según el capital que poseen. Según las listas "administrativas" que fueron redactadas en 1849 por el gobierno después de la promulgación de la ley electoral de las tres clases, había entonces en toda Prusia:

3.255.600 electores primarios repartidos de la siguiente forma en las tres clases:

A la clase "primera" pertenecían, en toda Prusia, 153.808 electores.

A la "segunda", 409.945 electores.

A la "tercera", 2.691.950 electores.

Repito, señores, que estas cifras están tomadas de las listas oficiales.

Sabemos así, que 153.808 personas muy ricas poseen en Prusia tanto poder político como 2.691.950 de burgueses, obreros y campesinos tomados en conjunto. Además, esos 153.808 ciudadanos muy ricos y los 409.945 ciudadanos medianamente ricos que constituyen la segunda clase, tienen tanto poder político como todo el resto de la nación; y aun los 153.808 ciudadanos muy ricos y la mitad de los 409.945 electores de la segunda clase tienen ya más poder político que la otra mitad de esta clase de ciudadanos medianamente ricos y los 2.691.950 de la tercera tomados en conjunto.

Ustedes ven, señores, que de esta manera se llega exactamente al mismo resultado que si se inscribiera brutalmente en la constitución: un rico debe poseer 17 veces más poder político que un ciudadano cualquiera o tanto poder como 17 de éstos.

Antes de haberse promulgado esta ley de las tres clases, el sufragio universal existía legalmente desde la ley del 8 de abril de 1848. Al garantizar a todo ciudadano, rico o pobre, el mismo derecho de votar y, por consiguiente, el mismo poder político, se le invitaba a contribuir en la orientación de la opinión pública y a determinar el camino que el Estado debe seguir. Ustedes ven, señores, que este ejemplo prueba lo que yo les decía antes: es desgraciadamente muy fácil quitarles a ustedes la libertad política; a ustedes pequeño-burgueses y obreros, con tal de que no se los prive directamente, radicalmente de los bienes personales. En efecto, ustedes se han dejado quitar fácilmente el derecho al voto y hasta ahora no he oído hablar de una agitación que tuviese por fin reconquistarlo.

Si se quiere, además, proclamar en la constitución que un pequeño número de terratenientes nobles deben poseer, ellos solos, un poder igual al de los ricos, los notables y los desposeídos; igual al de los electores de las tres clases y de toda la nación, se guardará muy bien de decirlo en términos tan brutales —porque habrán comprendido bien, señores, que todo lo que es claro es brutal—, pero gracias a ciertas adiciones poco esenciales se agrega en la constitución que se debe formar una "Cámara de Señores" compuesta por todos los representantes de la antigua propie-

dad territorial y cuya aprobación es necesaria para dar validez a las decisiones de la Cámara de Diputados, que representa a toda la nación. Un puñado de terratenientes posee así un poder político capaz de contrabalancear la voluntad "unánime" de toda la nación y de todas sus clases.

Si se quiere todavía que el rey tenga por sí sólo un poder político igual o "más considerable" que el de las tres clases de electores, que el de toda la nación, los nobles terratenientes inclusive, se procede de la siguiente manera:

Se introduce en el artículo 47 de la constitución la siguiente cláusula: "el rey confiere los grados militares", y se dice en el artículo 108: "el ejército no presta juramento a la constitución". Se sobreentiende en este artículo la siguiente teoría: un rey se encuentra frente al ejército en una situación muy distinta de la que ocupa con respecto a las otras instituciones; frente al ejército no es solamente el rey sino algo muy distinto, algo especial, misterioso y desconocido; para designarlo, se descubre el término de "jefe supremo". Por consiguiente, la Cámara de Diputados, la nación entera, no tienen que preocuparse por el ejército, no tienen que intervenir en sus cuestiones, en su organización, sólo tienen que votar los fondos que le son necesarios. Y hay que confesar, señores —la verdad ante todo— que esta teoría tiene cierto fundamento en el artículo 108 de la constitución. Porque, desde el momento que éste decide que el ejército, a diferencia de todos los servidores del Estado y del rey mismo, no puede estar ligado a la constitución por un juramento, declara en principio que el ejército debe permanecer fuera de la constitución y no tiene nada que ver con ella; que debe tener una relación única y exclusiva con la persona del rey y no con el país.

Al obtener así que el rey nombre a todos los funcionarios del ejército; que ocupe una situación especial con respecto a éste, se llega a la siguiente conclusión: el rey posee un poder político no igual, sino diez veces superior al del país entero; aun en el caso de que el poder verdadero de la nación fuera veinte veces, cincuenta veces superior al del ejército. La razón de esta contradicción aparente es muy simple.

La fuerza, el poder político del rey, el ejército, está organizado, está listo en cualquier momento, excelentemente disciplinado, y presto a marchar al instante. La fuerza que reposa en la nación, por el contrario, aunque fuera en realidad infinitamente más grande, no está organizada. La voluntad de la nación y el grado de resolución que ya ha alcanzado esta voluntad no pueden siempre ser fácilmente reconocidos por sus miembros; nadie sabe exactamente cuántos compañeros tendrá. A la nación le faltan, además, los instrumentos necesarios de la fuerza organizada, esos pilares tan poderosos de las constituciones, de que ya hemos hablado, los cañones. Estos han sido costeados, en verdad, con el dinero de los ciudadanos; han sido formados y constantemente perfeccionados gracias a las ciencias que en su seno desarrolla la sociedad burguesa, la física, la técnica, etc. Su mera existencia es ya una prueba del poder de la sociedad burguesa, de los progresos de las ciencias, de las artes técnicas, las ramas de fabricación de

toda clase. Pero aquí cabe aplicar el verso de Virgilio: "Sic vos, non vobis" (1): produces, pero eso no es para ti.

Como los cañones se construyen siempre para la fuerza organizada, el país sabe que, en caso de conflicto, esos engendros suyos, testimonios de su poder, se encontrarán dirigidos únicamente en contra suya. Esas son las razones que hacen que una fuerza más débil, pero organizada, pueda a menudo y durante mucho tiempo prevalecer sobre la fuerza de la nación, mucho más considerable, pero desorganizada, hasta el momento en que la dirección constante dada a los asuntos públicos y a su administración en contra de la voluntad e intereses de la nación, deciden a ésta a oponer a la fuerza organizada una fuerza superior desorganizada.

Hasta ahora, señores, hemos visto que hay dos constituciones en un país, la constitución "verdadera", las relaciones reales entre las fuerzas que existen en un país, y la constitución "escrita", que para distinguirla de la anterior, podemos llamarla, simplemente, una "hoja de papel".

De modo, pues, como se puede ver claramente, siempre, en todas las épocas, un país ha tenido una constitución. Nada es más falso, nada conduce tanto a conclusiones erróneas como la opinión dominante y muy extendida que la característica de los tiempos modernos es poseer constituciones. Más aún; todo país posee, necesariamente, tan necesariamente como todo organismo, una constitución real, buena o mala, comprendida de tal o cual manera. En todo país, en efecto, deben existir determinadas relaciones entre las fuerzas reales.

Cuando mucho antes de la revolución del siglo XVIII, en Francia, bajo la monarquía absoluta legítima, Luis XVI, suprimió por decreto del 3 de febrero de 1776 las corveas en virtud de las cuales los campesinos debían construir gratuitamente las rutas y los caminos, y estableció, en su lugar, para cubrir los gastos de construcción de caminos un impuesto que debía gravar hasta las tierras de los nobles, el parlamento francés se opuso diciendo: el pueblo francés es "taillable et corvéable a merci" (debe prestar sus servicios obligatoriamente) y esta es una parte de la constitución que el rey no puede cambiar.

Ven ustedes, que ya entonces se hablaba de una constitución, y hasta de una constitución que el rey no podía cambiar, lo mismo que hoy. Lo que se consideraba entonces como constitucional, el derecho de cargar, arbitraria y obligatoriamente, al bajo pueblo de impuestos y trabajos, no se encontraba entonces consignado en un documento auténtico que coleccionara los derechos del país y los principios importantes del gobierno, sino que era simplemente la expresión de las relaciones reales de los poderes en la Francia de la Edad Media. En esa época, el bajo pueblo era realmente tan impotente que podía sufrir la carga arbitraria de impuestos y corveas. Es en virtud de esta situación efectiva que se procedía siempre y que el pueblo soportaba las cargas. Este proceso real suministraba lo que se llama los precedentes que,

(1) Verso de Virgilio en que el poeta se queja de que un mediocre como Batilo haya recibido la recompensa que otro merece.

aun hoy, en Inglaterra, y, sobre todo, en la Edad Media, desempeñaban un papel importante en las cuestiones constitucionales. Por consiguiente, estas cargas reales —y no podía ser de otra manera— expresaban que el pueblo podía ser castigado, y surgía de ahí el "principio de derecho público" al cual se podía recurrir después en casos análogos. A menudo también, una circunstancia especial que tenía su causa en las relaciones reales de los poderes se encontraba expresada y reconocida en pergamino.

Esto es lo que ha originado lo que se llaman las "franquicias", libertades, derechos, privilegios y estatutos de un estatuto, de un oficio, de una localidad, etc. Todos esos hechos, esos precedentes, esos principios de derecho público, pergaminos, franquicias, estatutos, privilegios, formaban en conjunto la "Constitución" del país, siendo todos la expresión simple, natural de las instituciones y todos los principios de gobierno de un país.

Así, pues, cada país, en cada época, ha tenido siempre una constitución real. Lo que es verdaderamente peculiar de los tiempos modernos —y es de mucha importancia el establecerlo en forma clara— no son las constituciones "reales", sino las "escritas", la "hoja de papel".

En la época moderna, en la mayoría de los Estados, vemos abrirse paso al deseo de darse una constitución, que en un solo documento, sobre una sola hoja de papel, reúna y fije todas las instituciones y todos los principios de gobierno de un país.

¿De dónde viene esta tendencia peculiar a los tiempos modernos?

Es esta una pregunta muy importante. De la forma como se responde a ella, se desprende la conducta a seguir en el establecimiento de las constituciones, la opinión que hay que tener sobre las constituciones ya hechas, la actitud que hay que tener con respecto a ellas. En una palabra, de esta respuesta fluye todo el arte constitucional, todo el saber en materia de constitución.

Pregunto aún, ¿de dónde viene esta tendencia característica de los tiempos modernos a establecer constituciones escritas?

Y bien, señores, ¿de dónde puede provenir?

Evidentemente, de este solo hecho: en las relaciones reales de las fuerzas existentes en un país dado se ha producido una modificación. Si un cambio semejante no se hubiese producido en las relaciones reales de una sociedad existente, si hubiesen permanecido las relaciones antiguas, no sería ni concebible, ni posible que esta sociedad sintiera la necesidad de una nueva constitución. Se atendería a la antigua: juntaría, a lo sumo, los fragmentos esparcidos sobre una misma hoja de papel.

¿Cómo se produjo esta modificación en las relaciones reales existentes entre los poderes de una sociedad?

Imaginen ustedes, por ejemplo, un país poco poblado en la Edad Media —como era entonces el caso en todos los Estados— viviendo bajo la dominación de un príncipe y de una nobleza poseedora de la mayor parte de las tierras. A consecuencia de la población escasa, sólo una parte muy pequeña puede ser empleada únicamente en la industria y el comercio. La mayor parte de la población es indispensable para el cultivo del suelo y la producción agrícola elemental. Como la tierra está en su mayor parte

en manos de la nobleza, esta población es empleada gradualmente y en condiciones diversas, a título de arrendatarios, enfiteutas, etcétera. Pero todas estas relaciones se confunden en una sola: la población depende directamente de la nobleza; está obligada a escoltarla como vasallo y a acompañarla a la guerra. Con lo que sobra de los productos agrícolas que retira de sus bienes, el noble mantiene todavía en sus castillos a los hombres de armas y escuderos, guerreros de toda especie.

El príncipe, por su parte, no puede, en el fondo, oponer a este poder de la nobleza ninguna otra fuerza real más que el concurso mismo de los nobles que responden voluntariamente —Je es, en efecto, difícil obligarlos— a su llamado, y la ayuda insignificante de las ciudades, entonces poco numerosas y escasamente pobladas.

¿Cómo, señores, podía ser bien comprendida la constitución de un Estado semejante?

Y bien, esta constitución tendrá origen necesariamente en las relaciones reales existentes entre las fuerzas del país, que acabamos de examinar.

La constitución fijará los estatutos, los estados: la nobleza formará el primer estado, el estado dominante desde todo punto de vista. El príncipe no podrá prescribir un centavo de impuesto sin su asentimiento, porque frente a los otros nobles la situación que él ocupa es la de un "primus inter pares" (1).

Y esta fué, señores, la constitución de Prusia y de la mayor parte de los otros Estados en la Edad Media.

Hagamos ahora la siguiente suposición: la población aumenta cada vez más; la industria y el comercio comienzan a florecer, proporcionando los medios de subsistencia necesarios al aumento de la población, que comienza a desbordarse en las ciudades. El capital y la riqueza comienzan a desarrollarse en manos de la burguesía y de las corporaciones urbanas. ¿Qué resultará de ello?

El aumento de la población en las ciudades —que no dependían de la nobleza y cuyos intereses eran completamente distintos a los de esta última— vino a ser favorable a los príncipes. El número de hombres capaces de llevar las armas y que se encontraban a su disposición, aumentó. Con los subsidios de los burgueses y de los oficios, que mucho tenían que sufrir por las continuas guerras de la nobleza; que en interés del comercio y la producción deseaban la paz civil, la seguridad y la justicia regular; y que, en consecuencia, ayudaban voluntariamente al príncipe proveyéndole de hombres y dinero, ésto pudo cada vez que se sintió obligado, reclutar un ejército muy superior al de la nobleza.

Los príncipes debían, pues, restringir cada vez más el poder de la nobleza, retirarle el derecho a la guerra, destruir sus castillos cuando violaran las leyes del país. En fin, cuando con el correr de los siglos y gracias a la industria, la riqueza y la población del país hayan progresado lo suficiente como para permitir al príncipe crear un ejército permanente, este príncipe lanzará sus regimientos contra los palacios, como el Gran Elector, o como Federico Guillermo I, exclamando: "estableceré la soberanía como

un peñasco de bronce". Abolirá la exención de impuestos de que gozaban y pondrá fin al derecho de los nobles a autorizar las contribuciones.

Ustedes ven, señores, como aquí la modificación de las relaciones reales entre los poderes trajo una modificación de la constitución. La monarquía "absoluta" nació en este momento. El rey no tiene ninguna necesidad de escribir la nueva constitución. La monarquía es demasiado práctica para hacerlo. El rey tiene en sus manos la fuerza real, el ejército permanente, que forma la verdadera constitución de ese Estado, y el rey y las personas que lo rodean terminan, con el correr del tiempo, por expresar ese hecho llamando al país un "Estado militar".

La nobleza, lejos de poder entrar ahora en lucha con el rey, debió, por el contrario, renunciar a su séquito armado. Olvidó su antiguo antagonismo con el príncipe; dejó de creerse su igual, abandonó la mayor parte de sus antiguos castillos para ir a la residencia real, cobrar pensiones y aumentar el brillo de la dignidad real.

Pero la industria y el comercio se desarrollan cada vez más; su prosperidad hace crecer incensablemente a la población.

Puede parecer que ese progreso debía beneficiar solamente al rey, permitiéndole el aumento constante de su ejército permanente, hasta ocupar un lugar en el mundo.

Pero, al fin, se produce un desarrollo tan grande, tan enorme de la sociedad burguesa que el rey llega a ser incapaz, aún con ayuda del ejército permanente, de participar en igualdad de condiciones, en ese progreso de la burguesía.

Algunas, cifras, señores, lo hará comprender de una manera muy clara.

En el año 1657, Berlín tenía 20.000 habitantes. Casi en la misma época, a la muerte del Gran Elector, el ejército contaba entre 24 y 30.000 hombres. En 1803, Berlín tenía ya 153.070 habitantes. En 1819, dieciséis años después, Berlín contaba 192.642 habitantes.

Este mismo año, el ejército permanente —ustedes saben que en virtud de la ley de septiembre de 1814, que aún está actualmente en vigor y que se nos quiere ahora quitar, la Landwehr no pertenece al ejército permanente—, este año mismo, en 1819, el ejército permanente alcanzaba a 137.639 hombres.

Como ustedes ven, el ejército permanente era más de cuatro veces superior al de la época del Gran Elector.

Pero el número de habitantes de Berlín era nueve veces más poderoso que en esa última época. Una evolución completamente distinta comienza desde entonces.

En 1846 —las cifras están todas registradas en las listas oficiales— la población de Berlín llegaba a 389.308 habitantes, casi 400.000, es decir, al doble de la de 1819. En 27 años, el número de habitantes de Berlín se había duplicado; alcanza ahora, como ya saben, a más de 550.000 habitantes.

El ejército permanente no tenía, en cambio, sino 138.810 hombres en 1846, contra los 137.639 de 1819. Lejos de participar en el progreso gigantesco de la burguesía, permanecía, pues, estacionario.

Ese progreso tan grande tiene el siguiente resultado: la bur-

(1) El primero entre sus iguales.

guesía comienza a sentir que constituye un poder político independiente.

Paralelo a ese desarrollo de la población se produce un aumento más considerable aún de la riqueza pública. Ocurre, al mismo tiempo, un progreso muy importante en las ciencias y en la educación general de la conciencia pública, que constituye también, como lo hemos visto anteriormente, una parte de la constitución. Los ciudadanos se dicen ahora: no queremos ser más una masa dominada, sin voluntad. Queremos dominar nosotros; y el rey, en vez de gobernarnos, sólo dirigirá nuestros asuntos a nuestro antojo.

En resumidas cuentas, señores, las relaciones reales, materiales, existentes entre los poderes del país, han sido modificadas una vez más. En otras palabras, el 18 de marzo de 1848 (1) aparece en semejante sociedad.

Ustedes ven, señores, que de hecho, lo que se ha producido es, precisamente, lo que al principio de nuestra exposición enunciamos como hipótesis imposible.

Supusimos, entonces, que la sociedad perdía sus leyes a causa de un incendio. Y bien, si no han desaparecido a causa del fuego, han sido arrebatadas por el huracán.

"Das Volk staud auf  
Der Sturm brach los" (2).

Si en una sociedad se produce una revolución victoriosa, el derecho civil subsiste, pero todas las prescripciones del derecho público se derrumban o no, tienen ya más que una importancia provisoria y deben ser rechechas.

Es necesario, entonces, que se haga una nueva constitución y el rey mismo convocó la asamblea nacional en Berlín para "establecer" la nueva constitución escrita, como se dijo entonces, o para "entenderse" con él como se dijo después. Pero, ¿cuándo una constitución escrita es buena y duradera?

Evidentemente, señores, en un solo caso, como se desprende, naturalmente, de toda nuestra explicación: la constitución es buena y duradera cuando responde a la verdadera constitución, a las relaciones reales existentes en el país entre los poderes. Ahí donde la constitución escrita no expresa la constitución real, estalla un conflicto irremediable, en el cual, a la larga, la constitución escrita, la simple hoja de papel, debe sucumbir ante la verdadera constitución, ante las relaciones reales de las fuerzas existentes.

¿Qué hubiera debido ocurrir en ese caso? Haría falta, ante todo, no una constitución escrita, sino una real; lo que significa que las relaciones reales existentes debieron ser modificadas, y modificada en provecho de los ciudadanos.

En realidad, se vió muy bien el 18 de marzo que los poderes de la nación eran ciertamente más considerables que el poder del ejército permanente. Después de una lucha larga y sangrienta las tropas se debieron retirar.

(1) Fecha de la revolución burguesa en Alemania, fracasada en noviembre del mismo año.

(2) La nación se sublevó, la tempestad rugió.

Pero ya he llamado la atención de ustedes sobre la importante circunstancia que diferencia el poder de la nación del que tiene el ejército permanente: la que da por resultado que la fuerza constituida por el ejército permanente, más débil en realidad, tendrá, sin embargo, a la larga, más eficacia que la fuerza verdaderamente más considerable de que dispone la nación.

Esta diferencia consiste, como ustedes recuerdan, en que la fuerza de la nación no está organizada. La del ejército permanente, por el contrario, está organizada. "presta", lista constantemente a recomenzar la lucha; debe a la larga ser más eficaz y obtener la victoria sobre las fuerzas más considerables, pero desorganizadas de la nación, que sólo forman un bloque en los raros momentos de gran agitación.

Así, para que la victoria obtenida el 18 de marzo no resultara estéril, se debió aprovechar el momento propicio para transformar de tal modo la fuerza organizada del ejército permanente que no pudiera nunca servir al rey como instrumento dirigido contra la nación. Hubiera sido necesario reducir el tiempo de servicio del soldado a seis meses, período que según las más grandes autoridades militares, es completamente suficiente para dar al soldado la más perfecta instrucción militar, y que, por otra parte, es muy breve para inspirar al soldado el espíritu de casta; período, en fin, cuya brevedad entraña una renovación tal del ejército que por eso mismo el ejército, de monárquico que era, se transforma en nacional. Hubiera sido necesario prescribir, además, que todos los oficiales subalternos, a lo menos hasta el grado de mayor inclusive, no fuesen nombrados por sus superiores, sino por las tropas mismas; los grados no serían dados ya con un espíritu hostil al pueblo y los nombramientos no contribuirían más a hacer del ejército un instrumento ciego del poder real. Se debió, luego, colocar al ejército, en lo que concierne a los crímenes que no son especialmente militares, bajo la jurisdicción de los tribunales civiles ordinarios para que aprendiera así que tiene algo de común con la nación y no se considere, pues, como un ser aparte, como una casta especial.

Hubiera sido necesario poner las armas de fuego, todos los cañones, que sólo debían servir para defender al país, bajo el cuidado de las autoridades de las ciudades, elegidas por el pueblo, en la medida en que esas armas no fueran indispensables a los ejercicios militares. Con una parte de esta artillería se debió constituir las secciones de artillería de la "guardia nacional" y poner así los cañones, parte tan importante de la constitución, bajo el poder de la nación.

Nada de esto, señores, ocurrió durante la primavera y el verano de 1848. ¿Se pueden sorprender ustedes que la revolución de marzo haya debido retroceder en noviembre de 1848 y permanecer sin resultado?

Ciertamente, no. Se debió necesariamente llegar a ese resultado: no se aportó ninguna modificación a las relaciones de los poderes reales, materiales.

Los reyes, señores, están mucho mejor servidos que ustedes. Los servidores de los reyes no son pintorescos charlatanes como a menudo lo son los servidores del pueblo. Son personas prácticas

que tienen el instinto de lo que se debe hacer. El señor Manteuffel (1) no era ciertamente un gran orador, pero sí un hombre práctico. Cuando en noviembre de 1848 disolvió la asamblea nacional y puso los cañones en las calles —¿qué empezó por hacer? ¿Escribir una constitución reaccionaria? Nada de eso. Se tomó mucho tiempo para ello. Aun más: les dió a ustedes en diciembre de 1848 una constitución escrita, bastante liberal. Pero, ¿por dónde comenzó en noviembre? ¿Cuál fué la primer medida tomada? Pues bien, señores, ustedes lo recuerdan. Comenzó por desarmar a los ciudadanos, por quitarles sus armas. Veán ustedes, señores, desarmar a los vencidos, he ahí la cuestión importante para el vencedor, si no quiere que la lucha recomience a cada instante.

Al comienzo de nuestro estudio, hemos andado muy despacio para llegar a la noción de constitución. Tal vez demasiado lento para el gusto de algunos. Pero ustedes habrán recalado hace un breve rato que una vez puestos en posesión de este concepto, se desprenden, una tras otra, las consecuencias más sorprendentes. Ahora conocemos el asunto mucho mejor, con mucha mayor claridad y en forma muy distinta. Al mismo tiempo, hemos llegado a conclusiones que en la mayoría de los casos son exactamente lo contrario de lo que la opinión pública tiene la costumbre de admitir.

Vamos a analizar todavía, ligeramente, algunas de esas consecuencias.

Acabamos de ver que en 1848 no se tomaron ninguna de las medidas que hubiesen sido necesarias para modificar las relaciones reales entre las fuerzas existentes en el país; para transformar un ejército monárquico en uno nacional.

Una moción que tendía a ese fin y que fué el primer paso en tal sentido fué hecha, en realidad; era la moción Stein que iba hasta obligar al ministerio a dar una orden general al ejército obligando a todos los oficiales reaccionarios a presentar su renuncia.

Pero, ustedes recuerdan, señores: apenas la asamblea de Berlín adoptó esta moción, toda la burguesía, la mitad del país, protestó: la Asamblea Nacional debe hacer la constitución, decía, no debe molestar al ministerio, perder su tiempo en interpelaciones, ocuparse de cosas que sólo atañen al poder ejecutivo; ¡hacer una constitución, no hacer más que una constitución!, se gritaba, como si la casa estuviera en llamas.

Ustedes ven, señores, toda la burguesía, la mitad del país, que lanzaba tales gritos, no comprendía absolutamente nada acerca de la esencia de una constitución.

Hacer una constitución escrita, sería, si fuera necesaria, el último asunto de qué ocuparse; y si no fuera necesaria, nada se habría hecho con escribirla. Transformar en el país las relaciones reales, materiales, conquistar el ejecutivo, avanzar tanto, transformar hasta tal punto esas relaciones que no puedan nunca ope-

(1) El barón de Manteuffel (1809-1885), feld-mariscal prusiano. Aparte de su participación en el aplastamiento de la revolución de 1848, tuvo un papel destacado en las guerras de Prusia contra Dinamarca, Austria y Francia. En 1880 fué designado "statthalter" de Alsacia-Lorena.

nerse a la voluntad de la nación, he ahí lo que sería necesario, lo que debiera suceder, ante todo, si se quiere que la constitución tenga alguna duración.

Como nada de esto se produjo dentro del tiempo oportuno, la Asamblea Nacional no tuvo siquiera el tiempo necesario para hacer una constitución; se la disolvió usando las fuerzas que poseía el ejecutivo, y que ella no había quebrantado.

Segunda consecuencia: supongan ustedes que no se ha disuelto la Asamblea Nacional y que realmente llegó a elaborar y dar término a una constitución. ¿Algo esencial se habría modificado en el desarrollo de los hechos?

Sabemos que nó, señores, y los hechos lo prueban bien. La Asamblea Nacional fué disuelta, pero el rey, sirviéndose de los papeles dejados por la Asamblea Nacional, proclamó él mismo, el 5 de diciembre de 1848, una constitución que, sobre la mayoría de los puntos, responde completamente a la constitución que hubiésemos podido esperar de la Asamblea Nacional.

Esta constitución fué promulgada, por el rey mismo, no le fué impuesta; fué libremente promulgada por él, en calidad de vencedor. Se podría imaginar que esta constitución podía tener entonces más probabilidades de durar.

¡De ninguna manera, señor! Es completamente imposible. Si ustedes tienen en el jardín un manzano sobre el cual colocan un cartel con la siguiente leyenda: es una higuera, ¿el árbol se transformará por eso, en una higuera? No. Y ustedes podrán reunir a todo el país y hacer jurar solemnemente a todos los habitantes de que es una higuera: el árbol continuará siendo lo que era, y al año siguiente se verá que da manzanas y no higos.

Para lo mismo, como lo hemos visto, con la constitución. Lo que está escrito en la "hoja de papel", es completamente indiferente, si está en contradicción con el estado real de las cosas, con las relaciones materiales de los poderes. Sobre la hoja de papel firmada el 5 de diciembre de 1848, el rey mismo hizo un gran número de concesiones, pero todas contradecían a la constitución real, a las fuerzas materiales, reales, que el rey conservaba en sus manos sin que hubiesen disminuído. Con la misma necesidad que se observa en la ley de gravedad, la constitución real debía poco a poco aventajar a la constitución escrita.

A pesar de que la constitución del 5 de diciembre de 1848 fué adoptada por la Asamblea de revisión, el rey se vió obligado a introducir una primera modificación y otorgar en 1849 la ley electoral de las tres clases. Con ayuda de la Cámara, surgida de semejante sufragio, debieron introducirse en la constitución las modificaciones más esenciales, hasta el punto que el rey no pudo prestarle juramento, sino en 1850, y desde que ese juramento fué hecho, las modificaciones estuvieron a la orden del día. Después de 1850, en cada año se introduce una nueva. ¡No hay bandera que haya flameado en cien batallas con más desgarrones y más golpes que nuestra constitución!

Tercera consecuencia: ustedes saben, señores, que nuestra

ciudad tiene un partido cuyo órgano es el "Volkszeitung" (1), un partido, digo yo, que se agrupa con febril angustia en torno de ese andrango de bandera, la constitución destrozada, un partido que se titula "los fieles de la constitución" y cuyo grito de combate es: "¡Sostengamos la constitución, la constitución por el amor de Dios, la constitución, por favor, socorro, fuego, fuego!"

Y bien, señores: siempre que ustedes vean aparecer, poco interesan las circunstancias de tiempo o de lugar, un partido que toma como grito de combate este grito angustioso: "reunámonos alrededor de la constitución", ¿qué pueden ustedes concluir? No se los pregunto, señores, a título de hombres dotados de voluntad; no dirijo mi pregunta a vuestra voluntad. Los interrogo como seres pensantes: ¿qué conclusión sacarían de ese hecho?

Sin ser profetas, pueden decir ustedes con mucha seguridad: esta constitución ha llegado a su última etapa; está muerta, por así decirlo; con el transcurso de algunos años no existirá más.

Las razones son simples: si la constitución traduce las relaciones reales existentes entre los poderes de un país, ese grito jamás puede ser lanzado. Cada uno se mantiene a distancia de una constitución semejante y se guarda de acercarse demasiado. A nadie se le ocurre atacar a semejante constitución. Donde la constitución expresa las relaciones reales y materiales entre los poderes, esta circunstancia no puede producirse: jamás puede un partido hacer de la fidelidad a la constitución su grito de guerra. Si ese grito se escucha, es una señal cierta, indudable, que es un grito de alarma. En otras palabras, eso significa que en la constitución escrita existe cierta contradicción con la constitución real, con las relaciones materiales de los poderes. Una vez que esta contradicción se produce, la constitución escrita —ni Dios, ni protestas lo pueden remediar—, está irrevocablemente perdida.

Puede ser modificada en sentidos opuestos, hacia la derecha o hacia la izquierda, pero no puede subsistir tal como era. Es esto, precisamente, lo que significa claramente para todo hombre que piensa, el grito que llama a su defensa. Puede ser modificada hacia la derecha, si el gobierno toma la iniciativa de esta modificación para poner de acuerdo la constitución real con las relaciones materiales de los poderes "organizados" de la sociedad. Pero entonces interviene el poder "inorganizado" de la sociedad que prueba de nuevo que es más poderoso que la fuerza organizada. En dicho caso, la constitución es modificada hacia la "izquierda" en la misma medida en que lo estaba antes hacia la derecha. Pero, en todo caso, la constitución está perdida.

Si ustedes, señores, no se contentan con haber escuchado la conferencia que he tenido el honor de pronunciar ante ustedes y reflexionan con cuidado; si ustedes la desarrollan hasta sus últimas consecuencias, estarán en posesión de todo el arte constitucional, de todo el saber en esta materia. Las cuestiones constitucionales no son en su origen cuestiones "jurídicas", sino cuestiones de fuerza. La constitución real de un país consiste en

(1) Lo dirigía Franz Duncker, demócrata-radical, muy amigo de Lassalle en otro tiempo. Distanciado de Duncker, por razones políticas, Lassalle aprovechó que la "Volkszeitung" se rehusó a publicar un artículo suyo, para romper definitivamente en enero de 1861.

las relaciones entre los poderes materiales, reales, existentes en un país. Las constituciones escritas tienen valor y duración cuando expresan exactamente las fuerzas en presencia en un país: esos son los principios que ustedes deben retener. Los he explicado hoy estudiando especialmente el poder del ejército —primero, porque el poco tiempo de que disponía no me permitía más; luego, porque el ejército constituye la fuerza organizada más importante, la más decisiva. Pero ustedes comprenden, naturalmente, que ocurre lo mismo con las organizaciones de los oficiales de justicia y de administración. Constituyen, ellas también, las fuerzas organizadas de una sociedad. Si ustedes retienen esta conferencia; si alguna vez, señores, se encuentran en condiciones de darnos una constitución, sabrán cuál es la conducta que deben tener en dicho caso, sabrán que ésta no consiste en llenar una hoja de papel, sino en modificar las relaciones materiales de los poderes.

Hasta este momento y, provisoriamente, ustedes habrán comprendido, señores, sin que yo haya dicho una sola palabra, cuál es la necesidad que ha dado origen a los proyectos del gobierno referentes al ejército, y al aumento que se reclama (1). Ustedes habrán llegado, por sí mismos, a descubrir la fuente más secreta de donde surgen esas proposiciones.

La monarquía, señores, tiene servidores que son prácticos, y no pintorescos charlatanes, servidores prácticos de tal categoría como los que ustedes podrían aspirar a tener.

Traducción de Teodoro  
Efrón. Notas de A. P.

## Materialismo Dialéctico y acción recíproca

por Georges Friedmann

"Teníamos que afirmar el principio fundamental ante adversarios que lo negaban y no teníamos siempre el tiempo, el lugar y la ocasión de reconocer a los otros momentos que participan en la acción recíproca los derechos que les pertenecen". Así se expresa Engels en una carta de septiembre de 1890, en respuesta a alguien que le solicitaba precisara el papel de las condiciones económicas en el desarrollo histórico y el de las superestructuras: derecho, arte, filosofía, ciencia.

Para esa fecha Marx había siete años que había muerto, y en vísperas del congreso de Erfurt, cuando en el partido social-demócrata crecían reformismo y revisionismo, Engels tenía demasiado que hacer contra las deformaciones provenientes de Bernstein, de Kautsky, de Conrad Schmidt y del líder bávaro Georg

(1) Desde 1860 el gobierno había propuesto una reforma del sistema militar que acrecentaba su fuerza. La cámara de diputados, Landtag, le votó los créditos a título "provisorio" por un año. Pero luego, alarmada de las declaraciones arbitrarias del rey, rehusó votar nuevos créditos.

Von Vollmar. Ya se extendía en la teoría y la táctica del mayor partido socialista de entonces, esta concepción, extraña a la lucha de clases, según la cual se desarrollan por sí mismos, en pleno capitalismo, los cimientos necesarios y suficientes del socialismo; concepción que debía, a pesar del enorme crecimiento de las organizaciones del partido, incorporarlo al aparato imperial forjado por Bismarck, antes de entregarlo al III Reich hitlerista.

Coincidencia a primera vista extraña: esta imagen del marxismo considerado como un fatalismo económico en donde las condiciones de producción determinan necesaria e ineluctablemente todos los detalles de la evolución política, de la ciencia, del arte, de la filosofía, sin ninguna reacción sobre la base, es también la manera como los comentaristas poco informados o poco honestos creen cómodo presentarlo a fin de triunfar más fácilmente, desde las piadosas crónicas liberales de Eduardo Julia o de Romier, hasta las disertaciones de Turgeon (de la Facultad de Rennes) o de Henri Sée. ¡Cuántos de nosotros, en el transcurso de algunas conferencias hemos visto levantarse en un rincón de la sala, un oyente dispuesto a refutar después de haberse informado anteriormente en tales fuentes! "El marxismo ha sido contradicho por la revolución rusa, que se produjo en un país en que las condiciones económicas exigidas por Marx estaban lejos de estar todas reunidas, en un país de capitalismo atrasado", etc. Tales argumentos no están ausentes de ciertos cursos de la Sorbona.

En realidad (para no mencionar aquí más que las razones teóricas), esta coincidencia de tantos críticos del marxismo no debe sorprendernos. Partiendo de una concepción mecanista de la causalidad, aun hoy todopoderosa en la ciencia y en la opinión, ¿qué de extraordinario tiene que la disfraz, cada uno a su manera, en una nueva metafísica donde todo se genera a partir de determinaciones económicas? Es precisamente una concepción renovada de la causalidad en las ciencias de la naturaleza y del hombre, la que se encuentra en el núcleo mismo del materialismo dialéctico. No es, ciertamente, inútil bosquejar aquí rápidamente los orígenes y los caracteres esenciales (1).

\*  
\*  
\*

Los historiadores del marxismo reconocen cada vez más la influencia considerable de Espinosa en la formación filosófica de Marx y de Engels. Ni Heráclito de Efeso, el primer genio dialéctico, ni los epicureos, ni Bruno, ni Campanella, habían expresado con esa fuerza, ese ardor secreto mal contenido por la forma euclideana de la "Ética", la gran idea de la eternidad y de la infinitud de la naturaleza, donde todo cabe y se encadena: Naturaleza "naturalizante", fuerza creatriz de una inagotable riqueza, y "naturalizada" en la infinita diversidad de sus modos. Desde la eternidad los modos se encadenan según, decía Espinosa, en "un entre-

(1) La importancia de esta cuestión había sido muy justamente puesta en claro por P. Laberme en su sólida exposición sobre el materialismo dialéctico. (Comisión científica del *Círculo de la Rusia nueva*, 14 de junio de 1934). Ver página 233 de "A la lumière du marxisme", Editions Sociales Internationales.

cruzamiento infinito de causas", a la vez como modos del pensamiento y como modos de la materia o extensión. A cada idea corresponde un modo de la extensión y vice-versa. Pensamiento y extensión no son, por otra parte, más que dos atributos (entre una infinitud, los dos únicos conocidos por el hombre) de una sustancia única. Así venía a colocarse el monismo de Espinosa en oposición a Descartes que había mantenido la dualidad del pensamiento y de la materia, de la fe revelada y de la ciencia.

En el estado de los conocimientos científicos, hacia 1660, en el medio histórico donde Espinosa vivía y meditaba, su doctrina era esencialmente revolucionaria y se proyectaba a la vanguardia de las ideologías de su tiempo.

La afirmación de la naturaleza infinita, causa de sí misma, sin ningún llamado a las fuerzas místicas, a una creación trascendente, permanece como una adquisición definitiva del pensamiento progresivo de la humanidad. En Espinosa, y a través del materialismo francés del siglo XVIII, y de Feuerbach, Marx y Engels encontraron ante ellos esta adquisición desde el comienzo de su reflexión teórica (1).

Sin insistir sobre la ausencia, casi completa en el espinosismo, de atención a las condiciones económicas y sociales, en su vinculación con la "sabiduría" individual, es necesario observar aquí que la concepción de la causalidad permanece esencialmente mecanista. Series infinitas de causas se entrecruzan, pero éstas son series lineales donde causas y efectos se encadenan sin reciprocidad en cada uno de los atributos de la sustancia. Es comprendiendo en su necesidad interna el mecanismo del mundo material y de las pasiones (y no transformándolo, lo que es, por la acción) que el sabio espinosista se evade hacia la libertad y el "amor intelectual de Dios". Si la idea espinosista de la naturaleza infinita, eterna, racional, sustancia única bajo la multitud de sus aspectos, ha sido recogida en la concepción marxista del mundo, es Hegel quien le ha sugerido la forma misma de las relaciones que ésta encuentra entre los fenómenos, sean de la materia o del espíritu. Pero Hegel mismo, llega al término de la filosofía clásica alemana y aprovecha su historia.

Se encuentra, en efecto, en Kant, un ejemplo notable, dialéctico ya, de las contradicciones del pensamiento en esa parte de la "Crítica de la Razón Pura" que llama, precisamente, "dialéctica trascendental". Kant muestra allí las insuperables dificultades que encuentra el pensamiento humano cuando pretende razonar sobre ideas puras despojadas de todo contenido proveniente del mundo sensible — como "el alma", "el universo", "Dios" —. La tesis y la antítesis se oponen de una manera irreductible y formal: lo que Kant llama las antinomias. Así, la antinomia de la causalidad

(1) Plejanov, en el primer capítulo de sus *Questions fondamentales du marxisme* (Bibl. marxista, E. S. I.) se ocupa de una manera bastante superficial, de la filiación de Espinosa a Feuerbach. Por otra parte, la revista soviética "Bajo la bandera del marxismo", ha consagrado a Espinosa un número especial en ocasión del 250 aniversario de su muerte (1927) y dos de las conferencias pronunciadas entonces ante la Academia Comunista han sido publicadas: Thalheimer y Debrine, "La posición de Espinosa en la prehistoria del materialismo dialéctico" (en alemán, "Verlag für Literatur und Politik", 1928).

es el obstáculo insalvable sobre el cual tropieza toda tentativa puramente metafísica para explicar el universo material: se puede, con argumentos racionales, tanto sostener la tesis (la materia se compone de elementos simples o átomos) como la antítesis (la materia es divisible hasta el infinito). Tal es, concluye Kant —y en ese punto su crítica es inexorable—, la impotencia de la metafísica: “la paloma se imagina que volaría mejor en el vacío...”. Como ella, se estrella sobre la dura realidad el pensamiento sin materia. Desgraciadamente, habiendo expulsado a la metafísica por la puerta, Kant, con su “imperativo categórico”, su “libertad absoluta del yo” y toda su moral fideísta, la hacía entrar por la ventana.

Así, tesis y antítesis no tienen en Kant ningún valor concreto. Ellas no se refieren al devenir real de los fenómenos. Se trata allí, no de una ligazón causal entre los momentos del desarrollo de la naturaleza o del espíritu, sino de un procedimiento de la crítica de un valor exacto, pero muy limitado. Por otra parte, en su célebre división de las categorías, que son las especies de juicio que es susceptible de alcanzar el entendimiento humano, se descubre más el presentimiento que la expresión completa del método ternario. Las categorías se agrupan de tres en tres bajo cuatro categorías superiores: cantidad, calidad, relación y modalidad. Y en cada grupo ternario, la tercer categoría indicada por Kant tiende a expresar una conciliación entre las dos primeras. Una tal división, sin insistir en lo que ella tiene de artificial, constituye más una clasificación que una deducción lógica. Esta sería realizada solamente por Hegel. Sin embargo, era necesario hacer notar que Kant entrevió la importancia de una forma de relación entre las ideas, procediendo por oposición y conciliación, tesis, antítesis y síntesis, aun cuando él no lo haya expresado formal y claramente.

En las filosofías de Schelling y de Fichte, las triadas aparecen desempeñando un papel importante, y su influencia, sobre todo la de Fichte (del cual una obra capital en el dominio de la lógica, “Principios fundamentales de la teoría del Conocimiento”, había sido publicada en 1794), ha sido indiscutiblemente importante sobre la maduración de la dialéctica hegeliana.

El empleo de las triadas dialécticas se hace entonces corriente en la exposición de la especulación filosófica. Para Fichte, idealista absoluto, es según un ritmo ternario que el espíritu crea el mundo y, en general, que se afirma todo acto intelectual. En la filosofía de Schelling, se encuentran hasta esquemas de construcción racional de la historia en tres edades —que evocan la “ley de los tres estados” de Augusto Comte—. Pero en Hegel el método ha sido desarrollado, profundizado, aplicado con una riqueza y una amplitud únicas.

En él, por primera vez en la historia de las ideas, este método está íntimamente unido a una concepción esencialmente dinámica y ágil de la naturaleza profunda del pensamiento, por oposición al método metafísico que, aun en los materialistas del siglo XVIII, aun en Espinosa, destaca del mecanicismo universal objetos de conocimiento de contornos rígidos y como anquilosados. Es Hegel quien lleva a la dialéctica, bajo su forma idealista, a una especie

de perfección. Es él quien, por eso, da a la reflexión de Marx y de Engels su impulso cuando uno en Berlín, el otro en Manchester y pronto reunidos en Bruselas, comienzan su prodigiosa carrera de pensadores y de revolucionarios.

Uno de los reproches principales que Engels dirige a Feuerbach es, precisamente, por haber “dejado de lado” a Hegel, omitiendo criticarlo para extraer de él todo lo que tenía de estimable (1). Entre esos elementos, cuya sustancia ha sido íntegramente recogida e integrada en el materialismo dialéctico, se encuentra en primer lugar la afirmación sin cesar retomada por Hegel en su “Ciencia de la lógica”, que la contradicción está en el fondo de toda realidad, en el espíritu y, por consiguiente, en la naturaleza, en las representaciones, concepciones, ideas de todos los objetos y de todos los géneros. El desarrollo de la idea absoluta, existente desde la eternidad, se hace según un proceso dialéctico en que las ideas se asientan, se oponen y se concilian, y de nuevo se resuelven en contradicciones y en síntesis siempre más altas.

Lenin, en sus anotaciones a Hegel, que son una de las fuentes capitales para el estudio de los fundamentos filosóficos del marxismo, caracteriza así la concepción hegeliana de la realidad, y también (en ese sistema panlógico) de lo racional (2): “El río y las gotas en el río. El lugar de cada gota, su relación con las otras gotas; su interdependencia (“Zusammenhang”) con las otras; la dirección de su movimiento —rectilíneo, curvo, circular, etcétera—, hacia arriba, hacia abajo. La composición del movimiento. Las nociones como la comprensión de los diferentes aspectos del movimiento, las diferentes gotas (= “cosas”), las diferentes corrientes, etc.”. Y Lenin termina esta nota: “Tal es, aproximadamente, la imagen del Universo según la lógica de Hegel —dejando de lado, por supuesto, el Buen Dios, y lo Absoluto”.

Se ve ya, en este texto, cómo el papel de la interdependencia de los elementos en la dialéctica hegeliana, ha llamado la atención de Lenin. La importancia que le da surge todavía mejor de otra nota, al margen del mismo pasaje de Hegel: “... genial es la idea fundamental de Hegel: la universal, total, viva interdependencia de todo con todo y el reflejo de esta interdependencia —aquí el materialismo voltea a Hegel “sans dessus dessous”— en las ideas de los hombres...” (3).

Lenin no ha dejado de insistir sobre el papel fundamental de esa “Zusammenhang”, que identifica en algunos de su comenta-

(1) Ver, por ejemplo, “Ludwig Feuerbach”, en “Etudes Philosophiques”, Editions Sociales Internationales, Paris.

(2) W. I. Lenin: *Aus dem Philosophischen Nachlass (Verlag für Literatur und Politik, 1932)*, pág. 64. Las notas sobre “la Ciencia de la Lógica”, de Hegel, las más importantes, datan de la estada de Lenin en Berna en 1914. Marx se propuso escribir un estudio sobre la dialéctica hegeliana: “Si alguna vez encontrara el tiempo que tal trabajo requiere, tendría gran placer en sintetizar en dos o tres hojas de imprenta lo que hay de racional en el método que Hegel ha descubierto y, al mismo tiempo, mistificado, y hacerlo accesible a las inteligencias medias”. (Cartas a Engels, 14 de enero de 1858). Marx no encontró nunca tiempo para semejantes trabajos y las notas de Lenin son por eso tanto más estimables.

(3) Phil. Nachlass, lb.

rios a la dialéctica misma. Pues "la división en lo que aparece como unitario y el reconocimiento de los componentes contradictorios en lo esencial... de la dialéctica" (1).

Con esas contradicciones está dado en el mundo real el movimiento que las une, las opone, las reúne de nuevo, sobre otro plano, en un continuo devenir. Y Lenin constata que Plejanov y Engels mismo, absorbidos por la preocupación de popularizar el marxismo no han suficientemente aclarado el carácter fundamental de la dialéctica como ley del conocimiento y ley del mundo objetivo. Se expresaría la esencia de la dialéctica hegeliana diciendo que afirma a la vez el movimiento y la interdependencia de los elementos de un devenir, infinito y, en su fondo, contradictorio (2). Descubrimiento de ese lazo recíproco de las contradicciones: tal era el objeto esencial que Lenin indicaba a los historiadores marxistas de las sociedades, de la ciencia, de la técnica.

Dejemos de lado, por el momento, el carácter idealista de la dialéctica hegeliana. Queda el hecho de que considera al mundo como un desarrollo infinito, a través de la apariencia de retrocesos, de azares, de detenciones momentáneas. Queda la ley fundamental de ese desarrollo — y es eso lo que interesa a nuestro estudio — que implica relaciones complejas y necesarias entre los diferentes elementos del movimiento. Las tres fases de la triada dialéctica no son etapas abstractas del razonamiento, conceptos desprovistos de objetividad, simples consideraciones del espíritu. Son momentos perfectamente concretos de la realidad, plenos de movimientos y de energía potencial. A la tesis viene a oponerse la antítesis. Pero ésta, una vez realizada, actúa a su vez sobre la tesis y la obliga a superarse en la síntesis.

Así, al desarrollo rectilíneo, concebido según las filosofías mecanistas, como una sucesión de series causales a la manera de los anillos de una cadena, la lógica hegeliana sustituye un desarrollo circular o mejor, según la imagen propuesta por Lenin (3) un desarrollo en espiral.

El determinismo en la física mecanista que, desde Descartes, ha predominado hasta el fin del siglo XIX, aún en el monismo de Espinosa, sienta que A es causa de B, que a su vez es causa de C, etc., sobreentendiéndose que esas series causales se entremezclan en una red infinita y que sus puntos de intersección imprevistos son calificados por nosotros de "azaros" o de "accidentes". En una concepción dialéctica de la realidad como la de Hegel, A es causa de B, pero B, al mismo tiempo, se opone y reacciona sobre A, y hay un efecto común de esta acción recíproca que es C, "negación de la negación", superación a la vez de A y de B y su síntesis sobre un plano nuevo. Considerando ésta, se puede tanto decir que A es causa de B, como que B es

causa de A. Esta acción recíproca, aspecto dinámico de la interdependencia de todos los elementos de la realidad, Hegel la llama "Wechselwirkung". Ella constituirá uno de los ejes principales de la dialéctica materialista, después que Marx y Engels la "colocaron sobre sus pies" (1).

Porque no hay que perder de vista que para Hegel esta interdependencia universal, con la acción recíproca que implica, está, sin embargo, dirigida en un cierto sentido y que la causalidad compleja así definida, va de lo ideal (racional) a lo material, a la naturaleza, a la sociedad. Como lo escribía Marx en "La Sagrada Familia": "En la filosofía de la historia de Hegel, como en su filosofía de la naturaleza, el hijo engendra a la madre, el espíritu a la naturaleza, la religión cristiana al paganismo, el resultado al principio" (2).

La filosofía hegeliana de la naturaleza y de la historia cuenta el advenimiento del espíritu al universo. A través de las vueltas y rodeos de la historia se manifiesta "la astucia de la razón" (die List der Vernunft), que, poco a poco, hace retornar la idea absoluta, fuera de su dispersión exterior en la naturaleza, hacia la conciencia, desde las manifestaciones psíquicas más humildes hasta la ciencia y el arte: retorno de la Idea hacia lo que Hegel llama el espíritu "para sí".

"En Hegel, la dialéctica es la Idea desarrollándose a sí misma. La Idea absoluta, no sólo existe desde la más remota eternidad — no se sabe cómo — sino que es todavía la verdadera alma viva de todo el mundo existente... El desarrollo dialéctico que se manifiesta en la naturaleza y en la historia, es decir, la relación primitiva del progreso de abajo a arriba, a través de todos los movimientos en zig-zag y los retrocesos momentáneos no es, por consiguiente, más que el reflejo del movimiento de la Idea persiguiéndose desde la eternidad, no se sabe dónde, pero en todo caso independientemente de todo cerebro humano" (3). Tal es el uso que hace Hegel, en su sistema, de los principios de la interdependencia y de la acción recíproca, núcleos de su dialéctica.

\* \*

El marxismo toma de Hegel su concepción de la causalidad, pero como lo hace notar Engels (4), para él, "la dialéctica de la Idea no llega a ser más que el reflejo consciente del movimiento dialéctico del mundo real". La causalidad en los fenómenos de la naturaleza, individual y social, queda desde entonces fundamentalmente orientada de lo real hacia lo ideal. "Consideramos las ideas de nuestro cerebro, desde el punto de vista materialista,

(1) Alusión a la conocida frase de Marx que dice que él ha puesto de pie lo que en Hegel estaba cabeza para abajo. Para Hegel, en efecto, el espíritu engendra la materia; para Marx, al revés.—A. P.

(2) Citamos según los títulos "Moreaux choisis" de Marx, publicados por P. Nizan y J. Durel, introducción de N. Guterman y H. Lefebvre, Gallimard, 1934, pág. 62.

(3) Engels: "Ludwig Feuerbach", pág. 91.

(4) Ib., pág. 92.

(1) Phil. Nachlass, "Zur Frage der Dialektik", pág. 285 y también la nota de Lenin, ib., pág. 29.

(2) Ver sobre este tema el comentario justo de I. Luppel, "Lenin und die Philosophie" (traducido del ruso, "Verleg fur Literatur und Politik", 1929, página 102).

(3) Phil. Nachlass, pág. 29. Ver también su artículo sobre Marx, "Verlagsgenossenschaft Ausländischer Arbeiter in der Ud. SSR", Moscú, 1932, páginas 15-16.

como los reflejos de las cosas realmente existentes, en lugar de considerar las cosas existentes realmente como los reflejos de tal o cual grado de la Idea absoluta". Y Engels, utilizando la célebre fórmula de Marx, en su prefacio a la segunda edición del "Capital", agrega: "La dialéctica de Hegel fue así colocada nuevamente sobre la cabeza o, mejor, de la cabeza sobre la que se encontraba, se la colocó de nuevo sobre los pies" (1).

En todas las partes de sus escritos donde dan una idea general de la doctrina, desde los primeros ensayos comunes hasta las últimas cartas de Engels, de 1894 y 1895, Marx y Engels insisten sobre el papel de las relaciones de producción. Ya, durante el invierno de 1844, en ese grueso manuscrito in-octavo que redactaron en Bruselas "para entenderse consigo mismos" y "entregaron luego a la crítica roedora de las lauchas", "La Ideología alemana", empleaban un lenguaje perfectamente preciso: "Los hombres son los productores de sus representaciones, de sus ideas, etcétera... pero los hombres reales, actuantes, condicionados por un desarrollo determinado de sus fuerzas productivas y del comercio correspondiente, hasta en sus formaciones más amplias... Absolutamente en oposición con la filosofía alemana que va del cielo a la tierra, se procede aquí de la tierra al cielo" (2).

La dialéctica, con ellos, se ha hecho materialista: la causalidad que, para Hegel, iba en último análisis, siempre de la idea a la idea (el mundo material no siendo considerado en sí mismo sino como una dispersión de la Idea absoluta) va aquí esencialmente de lo material, o más precisamente de las relaciones de producción en que los hombres están empeñados, hacia lo social, lo político, lo espiritual: tesis fundamental del materialismo histórico.

Pero el marxismo no está íntegramente contenido en ello, salvo para aquellos que se aprestarían gustosos a hacerlo pasar por un fatalismo económico o un nuevo avatar de la metafísica. Es aquí que reaparece nuevamente la acción recíproca en la dialéctica materialista. El marxismo no es mecanista a la manera de los cartesianos del siglo XVIII, que extrapolaban del Animal-máquina al Hombre-máquina de La-Mettrie, a la manera de las "Cartas a Serena" o de Helvetius, de Cabanis, y aun de Bentham. Es, a través de Feuerbach, contra esas formas de materialismo que, desde 1845, Marx formula su admirable "Tesis" cuya importancia no puede ser sobre-estimada para la comprensión de su pensamiento: "La doctrina materialista según la cual los hombres son los productos de las circunstancias y de la educación olvida que las circunstancias precisamente son modificadas por los hombres y que el educador mismo tiene necesidad de ser educado" (3).

Las circunstancias históricas pueden ser modificadas por la acción humana. Tal es el principio fundamental, sin el cual, en el período contemporáneo, la acción consciente de clase, la energía

revolucionaria del proletariado, serían inconcebibles. Ya la "Ideología alemana", afirma: "El cambio de sí mismo coincide con el cambio de las circunstancias" (1). Para que los proletarios puedan superar sus condiciones de vida y su cultura actuales, es necesario ante todo que volteen las instituciones económicas, políticas, coercivas del capitalismo. Ellos son la fuerza viva, la voluntad que realiza la revolución preparada por la Historia. Y, por reacción, la revolución trastorna sus vidas, su ser, y les hace colocarse sobre el plano de una cultura y de una moral nuevas. Marx continúa esta idea en la "Sagrada Familia" cuando, comparando el materialismo del siglo XVIII con el comunismo, nos revela a la vez lo que los acerca y los opone. El materialismo francés de Helvetius, lo mismo que el materialismo de Bentham, muestra al hombre moldeado por las condiciones exteriores, por la educación, el interés bien entendido, el hábito y, en último análisis, la experiencia sensible, única fuente de todo conocimiento, tal como se admitía desde Locke y Condillac. El comunismo, por su parte, pasa a las conclusiones prácticas y trabaja por derribar un sistema social que, precisamente, imprime a cada instante su sello mortal al individuo: "Si el hombre saca todo conocimiento, etcétera, del mundo físico y de su experiencia hecha en el mundo físico, interesa entonces organizar el mundo empírico de tal manera que el hombre encuentre en él y se asimile lo que es realmente humano, que se reconozca como hombre. Si el interés bien entendido es el principio de toda moral, interesa que el interés particular del hombre se confunda con el interés humano... Si el hombre está formado por las circunstancias, es necesario formar las circunstancias humanamente" (2).

Insistiendo sobre ese vuelco en la acción recíproca de las condiciones y de los hombres, el marxismo pone en evidencia el papel de la voluntad humana en la historia. Las condiciones económicas, el conjunto de la estructura y de las instituciones sociales en un momento de la historia, ejercen una influencia considerable sobre las clases en lucha y sobre sus ideologías. Pero la clase progresiva, revolucionaria, reacciona a su vez sobre las condiciones y ésto ante todo en el curso de las revoluciones que son los saltos de la historia, pero también por su lucha cotidiana para defender sus salarios, sus derechos sindicales, sus libertades políticas elementales y siempre amenazadas. La acción recíproca, la "Wechselwirkung" de la dialéctica materialista, se encuentra en la filosofía marxista indisolublemente ligada a la acción revolucionaria del proletariado.

Este papel capital de la voluntad humana en la historia ha sido menoscipado por los reformistas a través de todos los avatares de su doctrina, sea que "se abandonen al desarrollo orgánico de las cosas" (3), sea que lleguen a endiosar la teoría socialista, olvidando, según la expresión de Engels que "no basta conocer para someter las fuerzas sociales a la colectividad soberana: para

(1) Ib.

(2) "La Ideología alemana" ha sido publicada en alemán en las *Obras completas* de Marx y de Engels, sección I, tomo 5 (Verlag fur Literatur und Politik, Wien-Berlin).

(3) Tesis III sobre Feuerbach.

(1) "Marceux Chóisais", pág. 288.

(2) "La Sainte Famille" (t. II, edición Costes), págs. 234-235; "Marceux Chóisais", pág. 61.

(3) Como escribiría uno de ellos, W. Koll, en los "Sozialistische Monatshefte", 1904.

eso es necesario ante todo un acto social". Es esto también lo que denunciaba Lenin en los "marxistas legales", como Struve, que adoptaban una actitud contemplativa ante los hechos que examinaban. El análisis lúcido de una situación comprende en sí el reconocimiento del papel de la voluntad, que es en sí misma un elemento dialéctico de la naturaleza social. "El dialéctico no se contenta con referirse a la necesidad del proceso, sino que establece claramente qué formación económico-social precisamente da su contenido a ese proceso, qué clase precisamente determina esa necesidad" (1).

Ampliando la fórmula de Espinosa para quien la idea verdadera lleva en sí misma la fuerza para imponerse al espíritu, se podría decir que para la dialéctica materialista la idea verdadera de una situación está en sí misma plena de la energía que exige inmediatamente las conclusiones prácticas.

Dicho de otra manera, la teoría, conjugándose con la energía de las masas, se convierte a su vez en una fuerza material que contribuye a trastornar las antiguas relaciones de producción y a establecer un régimen social nuevo: "El arma de la crítica no puede evidentemente reemplazar la crítica de las armas, la fuerza material debe ser volteada por la fuerza material, pero la teoría, también, se convierte en fuerza material cuando penetra las masas" (2).

Lenin, proclamando que "sin teoría revolucionaria, no hay movimiento revolucionario" no hacía sino recoger en una fórmula más concisa el pensamiento del joven Marx.

En la aplicación de la dialéctica marxista al análisis de los acontecimientos históricos se encuentra a cada paso esta acción recíproca de los "hombres" y de las "condiciones" que Marx expresaba con una fuerza sorprendente en las primeras líneas del "18 Brumario": "Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen arbitrariamente, en condiciones elegidas por ellos, sino en condiciones directamente dadas y heredadas del pasado".

Fórmula que Engels debía repetir en varias ocasiones, casi textualmente, en las cartas del último período de su vida, de las que hemos señalado la importancia. Es así que escribía, el 25 de enero de 1894 a Conrad Schmidt: "No hay, como algunos llegan a imaginarlo, acción automática de las condiciones económicas, los hombres se hacen por sí mismo su propia historia, pero en un medio dado que la condiciona" (3).

Algunos años antes, había combatido vigorosamente "la extravagante afirmación del metafísico Dühring que para Marx la historia se cumple casi automáticamente, sin la intervención de los hombres (que la hacen) y que esos hombres son puestas en movimiento por las condiciones económicas (que son, sin embar-

(1) "Del Materialismo Histórico". "Kleine Leninbibliothek". Tomo VI, pag. 73. (Verlag für Literatur und Politik).

(2) Marx: *Contribución a la crítica de la filosofía del Derecho de Hegel* ("Moreux Chotais", pag. 185; "Obras filosóficas", edición Costes, tomo I, página 96).

(3) Ver también carta de septiembre de 1890, apéndice a Antonio Labriola, "Socialismo y Filosofía", pag. 242; "Hacemos nosotros mismos nuestra historia, pero, en primer lugar, en circunstancias y condiciones muy determinadas".

go, la obra de los hombres) como peones sobre un juego de ajedrez" (1).

Es importante señalar aquí la expresión de que se sirven corrientemente Marx y Engels: "condiciones", "condicionar", y no "causa", "causar" (2). Es la confusión entre causa y condición la responsable de una parte de las deformaciones del materialismo histórico. En el proceso del desarrollo por vía de contradicciones y de síntesis, se entiende que el fondo de la naturaleza es esencialmente dialéctico. Pero la tesis no es, hablando con justeza (si se entiende que el efecto está enteramente contenido en la causa) causal de la antítesis. Ante todo, ella le impone sus condiciones, los límites en que su acción podrá ejercerse. Por ejemplo, las circunstancias económicas, las relaciones de producción y las relaciones sociales que de ellas resultan, no explican de una manera exhaustiva la rebelión de las fuerzas productoras en el momento en que las contradicciones internas de la sociedad capitalista se profundizan. Porque entre las fuerzas productoras, están, en verdad, el conjunto de los instrumentos de producción y de las técnicas que rompen los viejos cuadros de la propiedad privada y del modo de explotación capitalista. Pero, en la primera fila de esas fuerzas, se encuentra el proletariado cuya voluntad y potencia de acción no están de ningún modo rigidamente determinadas por los detalles de un momento de la evolución económica. Dudar de esto sería caer en las simplizas de Bernstein y del menchevismo. La clase obrera cuyo desarrollo está condicionado por la evolución de las relaciones de producción, y de las fuerzas sociales y políticas, reacciona a su vez sobre esas condiciones mismas. En una palabra, si puede haber en la síntesis superación del primer momento de la triada (tesis) es, precisamente, porque el segundo (antítesis), lejos de estar contenido en el primero como el efecto en la causa productora, aporta una realidad nueva. La síntesis lleva la evolución a un plano superior y supera, a la vez, los dos momentos que refina.

Así, la sociedad sin clases, suprime las contradicciones de la sociedad capitalista, de la que conserva, por otra parte, y desarrolla todos los elementos progresivos, por ejemplo, el perfeccionamiento de las técnicas industriales y agrícolas, sobreentendiéndose que esas técnicas adquieren en una economía socialista planificada, un valor, una eficacia y un empleo nuevos.

"Lo que falta a todos esos señores, escribe Engels (carta del 27 de octubre de 1896), es la dialéctica. No ven aquí más que causa, allí sólo efecto: es esta una abstracción vacía. En el mundo real, semejantes oposiciones polares, metafísicas, no existen más que en las crisis. Pero el desarrollo íntegro se prosigue en la forma de la acción recíproca de fuerzas a decir verdad muy desiguales entre las que el movimiento económico es la más po-

(1) Ver R. Mondolfo, "Le Materialismo storico d'après F. Engels" (trad. francesa, Giard, 1927, pag. 254).

(2) A propósito del "condicionamiento", se puede agregar, a los textos ya citados, este célebre pasaje del Prefacio a la "Crítica de la Economía Política": "la forma de producción de la vida material condiciona el proceso social, político y espiritual de la vida, etc..." (*Moreux Chotais*, pag. 86).

tente, la más fundamental, la más decisiva. No hay nada aquí absoluto, todo es relativo; pero ellos no lo ven; para ellos Hegel no ha existido" (1).

Se comprende mejor ahora que en lugar de la imagen del círculo que usa a veces Hegel para ilustrar su "Wechslerwirkung", por oposición a la causalidad rectilínea de los metafísicos (materialistas o idealistas), Lenin sugiera (2) la de espiral, que permite caracterizar el proceso del desarrollo dialéctico frente al evolucionismo vulgar de los spencerianos: "Un desarrollo que rehace una segunda vez las etapas ya recorridas, pero de otro modo, sobre un plano superior ("negación de la negación"), un desarrollo que no es rectilíneo, sino, por así decirlo, avanza en espiral —un desarrollo por saltos acompañado de catástrofes, revolucionario...".

Esas condiciones, en las cuales, en un momento dado los hombres "se hacen por sí mismo su propia historia", comprenden el medio natural (riqueza en medios de subsistencia y en medios de producción) tanto como el medio social. "La Ideología Alemana" insiste ya sobre este aspecto capital de la acción recíproca en la historia de las civilizaciones: "La historia, considerada bajo dos aspectos, puede ser dividida en historia de la naturaleza y en historia del hombre. Estas dos partes no son separables; en tanto haya hombres, la historia de la naturaleza y la historia de los hombres se condicionarán mutuamente...".

Habiendo así afirmado esta interdependencia —cuya estricta aplicación trastornaría en muchas de sus delimitaciones y de sus viejos conflictos a ciencias como la geografía física, la biología, la sociología, la psicología, la antropogeografía, la arqueología, la historia económica y social, tales como son muy a menudo estudiadas entre nosotros, renovándolas por una colaboración estrecha, orgánica, entre las diversas disciplinas cuyos objetivos interfieren y no son en el fondo más que aspectos de un desarrollo único —Marx y Engels continúan: "La primera condición de toda historia humana es naturalmente la existencia de individuos humanos vivos (el primer acto histórico de esos individuos por el cual se distinguen de los animales, no es el pensamiento, es el hecho de que comiencen a producir sus medios de existencia). El primer hecho a constatar es entonces la organización física de esos individuos y la relación que implica con el resto de la naturaleza. No podemos, naturalmente, entrar aquí ni en la constitución de los hombres mismos, ni en las condiciones naturales que les preexisten, las relaciones geológicas, oro-hidrográficas, climatéricas y otras (esas relaciones no condicionan solamente la organización primitiva natural de los hombres, especialmente las distinciones sociales, sino todo su desarrollo o todo su estancamiento hasta este día)".

Y he aquí, para terminar este texto colmado de visiones nue-

(1) "Socialisme et philosophie", Apéndice, pág. 257.

(2) En su artículo sobre Marx, para el diccionario ruso Granat; artículo escrito en Suiza entre julio y noviembre de 1914 y publicado íntegramente por las ediciones de los trabajadores extranjeros en U. R. S. S., Moscú, 1932, traducción alemana, pág. 15.

vas y profundas, una nueva afirmación de la acción recíproca: "Toda búsqueda científica debe partir de esos fundamentos naturales y de las transformaciones que le ha hecho sufrir en el curso de la historia, la acción de los hombres" (1).

Este intercambio constante de acciones entre la naturaleza y el hombre tiene su origen en el trabajo. Es por la producción de medios de existencia que el hombre comienza su historia propia: humana, y que una revolución simplemente biológica, animal —en que el hombre está él mismo enteramente absorbido en la naturaleza—, deja lugar a un desarrollo en que la interacción entre el hombre productor y el medio (considerado bajo la forma global definida por Marx y de más en más compleja a medida que la historia avanza) lleva hacia formas sociales siempre en movimiento. Las primeras manifestaciones del trabajo, los primeros gestos del "homo faber" están condicionados por el progreso de su evolución biológica y en particular la de su sistema nervioso: "Es este un paso que condiciona su organización corporal" (2).

En seguida, por el trabajo desde que éste comienza y afirma su eficacia, el hombre actúa sobre el medio natural todavía en estado puro, por así decirlo, que lo rodea; y por reacción los productos de su trabajo, las primeras relaciones sociales que de ellos nacen, actúan sobre su naturaleza y su existencia entera: "Produciendo sus medios de existencia, los hombres producen indirectamente su vida material misma" ("Deutsche Ideologie", ibid).

"El Capital" no hace sino retomar esta idea en el célebre pasaje sobre el trabajo: "Actuando sobre la naturaleza que está fuera de él, a través de ese movimiento y transformándola, él (el hombre) transforma también su propia naturaleza" (3).

El educador, a su vez, es educado. Pero se comprende ahora mejor porqué, desde los orígenes de la historia social de la humanidad, el elemento económico tiene una influencia decisiva.

\*  
\*  
\*

Uno de los ejemplos más importantes de la "Wechselwirkung" en la historia está dado por el papel de la técnica de los medios de producción. Entre las relaciones económicas, dice Engels (Carta del 21 de septiembre de 1890), la manera como los hombres producen y cambian entre sí los productos, en una palabra, "el conjunto de la técnica de la producción", ocupa un lugar preponderante. El nivel, la complejidad, el rendimiento de esos

(1) "Deutsche Ideologie", Marx-Engels-Archiv, I, págs. 237 y siguientes. ("Moreux Choisis", pág. 77). La influencia del medio geográfico sobre el desarrollo de las fuerzas productoras es señalada, con ejemplos interesantes por I. Plejanov ("Cuestiones Fundamentales del Marxismo", páginas 35-38), que deduce: "Pero una vez que las relaciones sociales dadas han surgido, ejercen, a su vez, una gran influencia sobre el desarrollo de las fuerzas productoras. De manera que lo que primitivamente es una consecuencia se hace a su vez una causa; entre la evolución de las fuerzas productoras y el régimen social, se produce una acción y una reacción recíprocas que toman, en diferentes épocas, las formas más variadas".

(2) Deutsche Ideologie, ib. (Moreux Choisis, pág. 78).

(3) Le Capital, tomo II, pág. 4, edición Costes.

medios técnicos, están, sin duda, ligados al desarrollo de la ciencia, en cada sociedad, y, por consiguiente, a la actitud racional ante los fenómenos naturales y al progreso del método experimental. Así, los griegos, a pesar del vuelo dado a la astronomía y a la matemática, a pesar del admirable esplendor de su especulación filosófica y de toda su civilización, no podían, a falta de una física experimental que hubiese permitido la captación de las principales fuentes de energía natural, ir más allá de una técnica de producción bastante primitiva y todavía muy lejana de la mecanización. Pero también la estructura social de las ciudades griegas, la existencia de la esclavitud, la mediocridad del conjunto del consumo y de los cambios no exigían la creación de una industria y de una agricultura muy productivas. En otros términos, la estructura económica misma (en la cual está comprendido el conjunto de la técnica: producción y transporte) no sugería problemas urgentes a la ciencia y no constituía en forma alguna un aguijón para su progreso: "Si la técnica depende en gran parte del estado de la ciencia, ésta depende todavía más del estado y de las necesidades de la técnica". (Engels, 24 de enero de 1894).

Analicemos más detenidamente, siempre desde el punto de vista de la "Wechselwirkung" de los diferentes elementos, el fenómeno de la "revolución industrial" en Europa occidental. Los progresos que el método experimental, desde Galileo, Torricelli, Pascal, dió a la física y, en particular, a la termodinámica, repentinamente, desde mediados del siglo XVIII en los trabajos de Ramsay, de Denis Papin, del marqués de Worcester, de Savcry, que perfeccionan las máquinas térmicas. Sin embargo, en ese momento de la historia, las relaciones económicas están como en retraso respecto del progreso rápido de las ciencias. Los mercados y las salidas de productos, aunque extendidos por los grandes descubrimientos geográficos, están todavía mediocrementemente desarrollados. El proteccionismo del sistema feudal, con todas sus trabas económicas, maestrazo, vedurías, corporaciones cerradas, ritos secretos, barreras aduaneras —se opone a una profunda modificación industrial. En un sentido conservador actúa también, como en todas las etapas de la historia, la fuerza de inercia de las antiguas instituciones jurídicas y políticas, las tradiciones, las supervivencias sobre las que se apoyan las monarquías absolutas en su decadencia. Solamente hacia fines del siglo XVIII se encontrarán maduras (con, según el país, diferencias de madurez que no podemos examinar aquí) para la explosión de una revolución técnica que, comenzando por Inglaterra, conquista Francia, luego la Europa Central y Meridional. El invento decisivo de Watt data de 1769. Sobre este punto de partida, sobre este "llamado" de las condiciones económicas que se ha retardado, sin embargo, más de un siglo, Marx llamaba ya la atención cuando escribía en 1874: "Cuando en Inglaterra el mercado hubo tomado un tal incremento que el trabajo manual no pudo más serle suficiente, se sintió la necesidad de las máquinas. Se pensó entonces en hacer la aplicación de la técnica mecánica ya enteramente consolidada en el siglo XVIII" (1).

(1) *Mis'ère de la philosophie*, pág. 169, editor Giard.

Es claro que no se puede esquematizar estos hechos diciendo que en un momento rigidamente fijo se ejerce una acción de la estructura económica sobre el desarrollo de la técnica industrial que, en otro momento también rigidamente determinado, reacciona sobre las relaciones económicas y sociales. Eso sería caer en ese simplismo que Engels denunciaba hablando de ciertos marxistas: "se hacen entonces cosas extrañas", agregaba (carta del 21 de septiembre de 1890). En la acción recíproca tal como la concibe la dialéctica materialista, lo condicionado existe y se desarrolla y reacciona sobre las condiciones que no han cesado, por otra parte, de ejercer su acción. Dicho de otro modo, un fenómeno se manifiesta, se desarrolla, actúa en medio de condiciones que le afectan, le transforman y sobre las cuales él actúa al mismo tiempo: inter-relación constante (con intensidades y formas muy variables, según los momentos) que está en la base de todos los fenómenos de la naturaleza (1) y de la sociedad.

Es necesario entonces considerar que el desarrollo de las relaciones de producción, de las que no se puede hablar sino abstractamente como ser aislado, actúa constantemente en el curso de la historia sobre el desarrollo de las ciencias físico-químicas y de sus aplicaciones, "serie" que, también pesa de una manera ininterrumpida sobre las condiciones económicas y, por así decir, hace mella en ellas desde que su estructura y el progreso de los conocimientos lo permite. Es decir, que la historia de esta "Wechselwirkung" es constante y no continua, que hay en ella momentos determinantes —descubrimientos teóricos o prácticos capitales, aceleración del ritmo de la evolución económica y política, revoluciones, etc.—, en una palabra, saltos, como en todo desarrollo de la vida biológica y social. Pero, aún entre esos momentos determinantes, esas cumbres de la acción recíproca que emerge por sobre el corriente de la historia (y que la ciencia histórica verdadera tiene precisamente por misión reconocer y explicar), la historia continúa a través de sus meandros, sus devios, y el dialéctico puede a menudo reconocer que avanza cuando para muchos parece retroceder; y viceversa.

Tales son las condiciones en que se prosigue durante todo el siglo XIX, la acción recíproca entre medios técnicos y relaciones de producción. Estas, trastornadas por la aplicación a la industria de las técnicas nuevas y, ante todo, por el empleo de más en más general de las máquinas a vapor, revolucionan a su vez la estructura y las relaciones de las clases y sus condiciones de existencia. Ocurre entonces el crecimiento rápido del proletariado, el apogeo de la burguesía industrial, el desarrollo extraordinario del mercado mundial de que el comienzo del "Manifiesto Comunista" da en algunos párrafos una sinopsis genial. Por reacción, aparece la solicitud de más en más urgente de las condiciones económicas a las ciencias, a fin de acrecentar el rendimiento y rebajar el costo de la producción. Desde entonces la economía capitalista, en que la concurrencia de grandes firmas, de los trusts

(1) La noción del equilibrio, hacia la cual tienden un cierto número de biólogos contemporáneos, E. Rabaud, entre otros, presenta la adaptación como el resultado de una acción recíproca, constante, entre el organismo y los factores externos.

y de los imperialismos, no cesa de intensificarse, parece solicitar a cada instante la técnica, espolearla y empujarla hacia adelante. Todo descubrimiento, toda mejora técnica es inmediatamente aplicada en los talleres: así como lo muestra, por ejemplo, la historia de las turbinas o de los motores de aceite pesado. Los laboratorios prácticos de ensayo, como los adjuntos a grandes firmas americanas, encargados de estudiar ciertas aleaciones y sus aplicaciones mecánicas, hacen avanzar la teoría química. Es por este "llamado" de la economía capitalista de la época imperialista que se debe explicar, entre los años 1900 y 1930, este fenómeno complejo, de alcance mundial, esfuerzo a la vez de técnica y de organización hacia una producción intensa a precios reducidos, que se llama la "racionalización".

Mientras tanto, la técnica desencadenada por fuerzas sociales sin control, sin plan, anárquica, como todo el sistema del beneficio privado, reacciona con una brutalidad, una rapidez únicas en la historia sobre la economía y la política: y se presenta desde 1929, la superproducción general, la desocupación, la crisis mundial y la tentativa desesperada de las burguesías de salvarse de esas situaciones por las diferentes formas del fascismo y de la autocracia. La reacción de esta crisis sobre el ritmo de progresión de la técnica, sobre la ciencia y su ideología no se hace esperar: los burgueses buscan de frenar los progresos de la mecanización industrial, en tanto que se difunden las concepciones reaccionarias contra el "Progreso", contra la "Máquina", los panfletos de los escritores desengañados contra el "Mito de la Producción". Pero como, según el esquema que hemos bosquejado, el fenómeno A (anarquía de la producción, concurrencia imperialista, búsqueda angustiada de las salidas, rebaja de los precios de costo, superutilaje) actúa, al mismo tiempo, que el fenómeno B, que ha contribuido ampliamente a condicionar (crisis mundial, desocupación) se ve, simultáneamente, en cada país de gran producción capitalista, por ejemplo, en Alemania, a las usinas adoptar maquinarias más perfectas, disminuyendo los precios de costo, reemplazando el trabajo humano por máquinas —y al Estado tentar por una serie de medidas (por ejemplo, las decisiones del gobierno de Turingia prohibiendo las cristalerías mecánicas, la supresión de las máquinas en el trabajo de limpieza por ciertas municipalidades, las trabas puestas a la carrera de ingeniero) de volver para atrás, de denunciar la obra de la República judío-liberal de Weimar, la racionalización industrial y por encima de la racionalización, el valor mismo de la técnica y del maquinismo (1). En Francia, se encontraría, explicada igualmente por la acción recíproca y constante de dos fenómenos opuestos, la misma contradicción entre un maquinismo de más en más desarrollado en la gran industria y una ideología reaccionaria, antitécnica que, desde Duhamel, Bergson y Cail্লাux se ha vuelto el lugar común cotidiano de los articulistas rampones de la gran prensa. Esas dos corrientes contrarias continúan siendo determinadas por las contradicciones correspondientes en las relaciones de producción. Porque, no hay que olvidar, que a través de los zig-zags y

(1) Spengler ilustra bastante bien esas tendencias.

las contradicciones (o "contingencias" o "azares" aparentes) la resultante de las fuerzas en un momento dado, está dada por el elemento económico. "Los esfuerzos de los hombres se encuentran y justamente a causa de esto, en todas las sociedades, domina la necesidad, de la que el azar es el complemento y la manifestación. La necesidad que surge a través de todos los azares es de nuevo, finalmente, la necesidad económica" (1).

\* \*

No hemos podido ni aproximadamente expresar, en este breve espacio, todo el sentido y todo el profundo valor de la acción recíproca, pieza maestra de la dialéctica materialista. Marx, Engels, Lenin, al señalar el camino han esclarecido la metodología y dado en sus análisis potentes ejemplos utilizables para problemas particulares. Pero así como lo pedía Lenin con insistencia, es necesario aplicar sistemáticamente la dialéctica a la historia de las ciencias, de las técnicas, de la sociedad. Hubiera podido agregar: a la historia de las artes y de la filosofía. Es solamente por una abstracción que aparecerá a los hombres del porvenir y de un porvenir muy próximo, tan ridícula como la "virtus dormitiva" o el flogisto de la Edad Media, que series de hechos puedan ser hoy, todavía a menudo, en las ciencias de la naturaleza y del hombre, separadas las unas de las otras y estudiadas en vaso cerrado: así la historia de la filosofía tal como la practica la enseñanza universitaria más difundida, con sus carambolas de sistemas en el puro cielo de las Ideas; allí se perfila a veces (cuando no se ha cortado de antemano) como un delgado cordón umbilical el lazo púdico que hace comunicar los pensadores y las obras con la baja región donde los hombres trabajan, sufren, aman, matan, mueren.

Pero la ciencia oficial, salvo la excepción de una élite en pleno crecimiento, ignora, y cuando debe hablar, desnaturaliza groseramente la dialéctica marxista. Ciertamente, la falta corresponde, en buena parte, a los pseudo-marxistas que, desde la muerte de Engels, han sembrado el desorden queriendo conciliar el marxismo con las ideologías sucesivamente a la moda, neo-kantismo, Mach, Bergson, Freud, en tanto que el marxismo contiene su propia filosofía: en primer término, de esos revisionistas, Eduard Bernstein y Karl Kautsky, en Alemania; en Francia, el confusivismo de Sorel y de sus discípulos; en Bélgica, el de Henri de Man. Hay hoy multitud de intelectuales sinceramente en busca de una doctrina que el "marxismo" así presentado ha desviado o detenido en su evolución. Estos terminarán por encontrarse. Pero hay otros que hacen profesión de objetividad y de erudición, y cuya actitud parece más extraña.

Poco importa, por otra parte. Hoy, simultáneamente, con la batalla contra un mundo malhechor que se defiende, se libra otra batalla, completamente comparable a aquella que libraron a comienzos de los tiempos modernos, contra el pensamiento escolástico y feudal, los hombres del Renacimiento y del siglo XVII a

(1) Engels, carta de enero de 1894.

quienes animaba el entusiasmo por la razón y el método experimental. El materialismo dialéctico aporta a las ciencias una rica cosecha de ideas nuevas, un método infinitamente flexible y adaptado a los fenómenos de la naturaleza y de la sociedad. Por su concepción de la acción recíproca, destruye las viejas distinciones, las barreras, las mezquinas querellas de pared medianera y de precedencia que, tres siglos después de Descartes, la ciencia pseudo-“positiva” ha mantenido y que la entorpecen, y, bariendo sus restos, llama a los sabios de las más diversas disciplinas a una comunidad de trabajo tan intensa, tan estrecha, como es estrecha la relación entre todos los fenómenos de la vida. Los llama a reunir en común los materiales de esa ciencia única del hombre y de la sociedad en que todas las investigaciones, como lo había previsto Marx, vienen a converger y a fundirse. Pero esta comunidad fraternal de trabajo, que hemos visto formarse jubilosamente en los talleres e Institutos de la U. R. S. S., no puede desarrollarse, nosotros lo sabemos, sino después de la supresión del rancio, del atroz egoísmo de la investigación científica y, en general, de todo el trabajo intelectual que caracteriza la sociedad capitalista: es decir, sobre las bases enteramente nuevas de un mundo en que el trabajo manual e intelectual será por fin devuelto a sí mismo y liberado.

Traducción de  
Cora Ratta.

## A propósito de la cultura por Máximo Gorki

El Congreso de los escritores, de París, fué organizado tomando como consigna la defensa de la cultura contra los ataques y devastaciones del fascismo. Se supondrá, quizá, que todos los miembros del Congreso atribuyeron el mismo significado al concepto real de “cultura” de la burguesía contemporánea, que todos la definieron de la misma manera y que esto, en fin, no pudo originar divergencia alguna. ¿Y es así, en verdad?

El fascismo es el tumor canceroso de la cultura burguesa, engendrado por su estado de desagregación y descomposición. Los teóricos y los prácticos del fascismo son aventureros surgidos de los medios burgueses. En Italia y en Alemania, la burguesía ha entregado el poder material y político en manos de los fascistas, a los que dirige con el mismo maquiavelismo con que la burguesía de las ciudades italianas dirigía en la edad media a los “condottieri”. Con satisfacción y envalentamiento, observa no solamente el innoble exterminio de los proletarios por los fascistas, sino que les permite también perseguir y expulsar a escritores y hombres de ciencia, es decir, a los representantes de sus propias fuerzas intelectuales, de que ella se envanecía y vanagloriaba hace muy poco tiempo.

El fascismo ha lanzado la teoría del derecho de la raza alemana a extender su dominación en el mundo entero, sobre todas las demás. La idea —olvidada hace ya mucho tiempo—, de un

enfermo, Federico Nietzsche, sobre la prioridad del “animal rubio”, se basa en el hecho de que los hindúes, los indochinos, los negros, los malayos y los polinesios han sido sometidos por hombres rubios y crespos. Esta idea ha madurado durante los años en que la burguesía alemana, después de haber arrasado Austria y Francia, quería tomar parte en los pillajes coloniales de las burguesías inglesa, holandesa y francesa. Esta teoría que proclamaba para la raza blanca el derecho imprescriptible a la dominación del mundo, permite a cada grupo nacional de la burguesía considerar, no sólo a todos los hombres de color, sino también a sus vecinos europeos de raza blanca, como a bárbaros a los que es preciso someter. Puesta ya en práctica por las burguesías italiana y japonesa, esta teoría se ha convertido en una de las realidades que dan a la palabra cultura su significado actual.

Resonando siempre muy alta, se oye la voz de los hombres prominentes de la hoy burguesía europea, que en nombre de los intelectuales proclama la necesidad de limitar la instrucción pública, de poner barreras al desarrollo de la cultura; también habla de la superproducción técnica y de la necesidad del retorno al trabajo manual. El arzobispo de York, ¿no ha declarado acaso, al inaugurar la escuela de Bournemouth: “Yo quisiera que no hubiera más inventos. Si me fuera posible destruir el motor a explosión, lo haría, por cierto”? Su cofrade en esta comprometida profesión, el arzobispo de Canterbury, reconoce, en cambio, la necesidad de la técnica, pero preconiza una cruzada contra la U. Soviética. Ahora, según lo anuncian los especialistas, la próxima será una “guerra de máquinas”. Si los discursos de los representantes de Cristo sobre la tierra, de Londres y de Roma, y los de las otras burguesías, que preconizan detener el desarrollo de la cultura, de todos esos hombres a quienes el odio al proletariado y el miedo a la inevitable catástrofe social vuelve completamente locos; si estos discursos hubieran sido pronunciados en 1880, habrían sido calificados por la burguesía de idioteces y de llamados a la barbarie.

En nuestros días, no se hacen distinciones sobre valentía e impudicia, y el llamamiento a retornar a la Edad Media, es calificado de “valor del pensamiento”.

Vemos, pues, que la cultura burguesa de Europa, no forma un bloque compacto, como lo pretenden los historiadores burgueses. Su fuerza viva se descompone en comerciantes y banqueros, los cuales consideran al resto de los hombres como buen mercado y mercancía abundante, y que quieren conservar a todo precio sus cómodas y elevadas funciones sociales; en hombres que defienden su derecho de trabajar y desarrollar la cultura, y en fascistas que son, tal vez, también hombres, pero que después de haberse llenado de cerveza durante generaciones, se han convertido en salvajes a los que es preciso aislar rigurosamente y contra los cuales es preciso tomar medidas sumamente decisivas, para poner así fin a sus sanguiarios crímenes.

\*  
\* \*

Los redactores de los principales diarios de París, que evitan hablar del peligro que el fascismo hace pesar sobre la cultura burguesa, comentan, sin embargo, el problema fundamental de la época. "Vendimiarie", hablando de que los organizadores del Congreso de Defensa de la Cultura son, en Francia, cinco escritores revolucionarios: Henri Barbusse, Juan Ricardo Bloch, Andrés Gide, Andrés Malraux y Romain Rolland, se pregunta si esos nombres no bastan para provocar cierta desconfianza. "Dice de que vemos nombres como los que acabamos de citar, dice "Vendimiarie", tenemos el derecho de preguntar cuál es la cultura que nos invitan a defender". La pregunta es completamente oportuna y bien formulada. Cinco o seis periódicos análogos, "Figaro", "Temps", "l'Echo de Paris", etc., con frases distintas, formulan más categóricamente todavía el problema de la época: ¿el comunismo puede ser el heredero de la cultura europea occidental, basada sobre los tesoros de las culturas griega y romana? Formulado así con el máximo de nitidez, el problema parece ser un llamado a una justa oratoria. Pero para que la controversia sea fecunda, es preciso fijar desde el comienzo el objeto, determinar lo que se niega y lo que se defiende, y que es lo que se afirma.

Veamos ahora cuál es el sentido real que los defensores de la cultura burguesa contemporánea atribuyen a la palabra "cultura", que ha perdido desde hace largo tiempo su significado de finido.

He aquí un tal Maurice Bourdet, que pretende que es posible e indispensable reducir y fijar los límites de la cultura. Sus principales energías creadoras son la físico-manual y la tecnológica-intelectual.

El autor de esas líneas se inclina a pensar que toda ideología constituye en su fondo y comprendida en su sentido más amplio, una tecnología, un sistema de procesos de trabajo y de lógica que permite a la humanidad ampliar la concepción que se hace del mundo para transformarlo progresivamente.

Constatamos que la burguesía contemporánea está plenamente satisfecha con lo que posee, y que limita el desarrollo normal de la cultura con gran éxito, por medio de las formas más diversas, reduciendo los créditos destinados a las escuelas superiores, a los museos, etc. Se sabe que la única rama industrial que trabaja y se amplía sin cesar, es la de la guerra, destinada a la destrucción de millares de vidas obreras y campesinas, sobre los campos de batalla de mañana, por medio de la cual la burguesía europea tiene la intención de resolver su litigio internacional, o sea establecer cuál será el grupo nacional que capitaneará a los otros. Los jefes de la próxima guerra, organizada por la burguesía para engordar con la sangre de sus vecinos sometidos, proclaman firmemente que será más mortífera y devastadora que la de 1914-18. Es oportuno recordar aquí algunos hechos de la última guerra, cuyas pérdidas y destrozos han sido ya cubiertos por el trabajo del proletariado y del campesinado, es decir, por las clases que que más han sufrido la locura de la burguesía.

He aquí hechos: desde 1915, Alemania careció de aceites lubricantes. Los alemanes pagaban a Copenhague 1.800 marcos

por tonelada de aceite, cuyo precio en esa época era de 200 marcos. El embajador de Estados Unidos en Berlín, escribía a su gobierno, en el mes de diciembre del mismo año, que la carencia de aceite de máquinas ocasionaría rápidamente la derrota de Alemania. En ese momento los buques ingleses transportaban a Copenhague las toneladas de aceite que Alemania necesitaba. Este tráfico ha sido confirmado por las estadísticas del Ministerio de Guerra británico. En los primeros meses de 1915, Alemania hubiera carecido de carbón, si no le hubiera sido suministrada la hulla inglesa por intermedio de los países escandinavos. Fue así que en el curso de septiembre de 1914, Suecia recibió 33.000 toneladas de carbón, que fueron entregadas rápidamente a las potencias de Europa Central.

Gracias a esta monstruosa generosidad de Inglaterra, Ludendorff pudo rehusar, en junio de 1917, la desmovilización de 50.000 obreros para las minas del Rhur.

La explotación de carbón en Suecia alcanzó pronto la cifra de 100.000 y aún de 150.000 toneladas por mes, es decir, dos veces más que el consumo normal de ese país antes de la guerra. El embajador de Gran Bretaña en Copenhague, Sir Wolf Pagett, escribía a su gobierno que ese carbón servía "para matar soldados ingleses", pero su voz no fué escuchada. También está establecido el hecho de que durante la guerra los comerciantes franceses proveían a sus adversarios, los comerciantes alemanes, de níquel y de cinc, y que un fabricante inglés de cañones intercambiaba con los alemanes sus mortíferas invenciones. Y claro está que los hechos más innobles y criminales no se han puesto todavía a la luz. Vemos, pues, que la guerra no mata el comercio y que los conflictos sirven para enriquecer a unos pocos con la sangre y los cadáveres de millones de proletarios. Por desgracia, el proletariado no comprende todavía que no debe matar ni mutilar a sus hermanos de clase, y que después de la guerra será él quien deberá pagar, con su salario mísero, los destrozos y pérdidas sufridas por los comerciantes.

La simple y clara equidad verdaderamente humanitaria, nos dice que el producto del trabajo debe pertenecer al que lo hizo, no al que mandó hacerlo. Y un arma, cualquiera que sea, es también producto del trabajo de obreros.

Así, pues, ya sabemos algo sobre el significado real de la "cultura" europea de la burguesía contemporánea, basada sobre los tesoros de las culturas griega y romana.

En el dominio de la "moral internacional" debemos agregar un hecho, que la burguesía inglesa acaba de revelar, precisamente, en estos días. Sabido es que esa burguesía insular merece desde hace largo tiempo el calificativo de "pérfida", es decir, de deshonesta, hipócrita y jesuítica, por parte de sus enemigos. Ella hizo a la burguesía francesa solemnes promesas, que se esfumaron, ciertamente, de defender a los comerciantes franceses en caso de una guerra con los alemanes. También se ha dicho "que la frontera de Inglaterra está sobre el Rhin", es decir, sobre la frontera franco-alemana. Puede notarse que esta última frase tiene un doble sentido, desde que la burguesía inglesa se ha entendido con la alemana, faltando así a sus promesas. Es posible que

la frontera de Inglaterra esté sobre el Rhin, no ya para defender a los franceses, sino como resultado de la victoria de los anglo-germanos. Todo es posible para los hombres que no tienen "ni fe ni ley".

\* \* \*

Los diarios franceses se preguntan si la cultura secular, heredera de los tesoros de las culturas griega y latina, continuará su misión a pesar de todos los obstáculos o deberá morir ante una nueva forma de cultura, que quiere proclamar la primacía de la economía sobre el espíritu.

Hablando de la primacía de la economía sobre el espíritu, los señores periodistas caen mecánicamente y sin reflexionar, bajo el peso de su ignorancia, o lo que es más cierto, de su impudicia. De allí es posible que algunos de ellos no hayan desechado todavía la estúpida ilusión de una independencia "espiritual", a pesar de depender por completo de los directores, los cuales dependen, a su vez, de editores, banqueros, lords y fabricantes de cañones.

Los periodistas ingenuos, si existen, deben mirar atenta y honestamente alrededor de ellos, y verán entonces que "la economía" de las arañas bípedas se expresa en las formas materialistas más groseras, las que predominan precisamente en los estados burgueses, en tanto que "la nueva forma de cultura" tiene por objeto liberar a la humanidad trabajadora de la violencia de esta economía insensata creada por el "espíritu" de sir Basil Zaharof, de Deterding, de la Vickers, de Creusot, Hearst, Schneider, Ivar Kreuger, Stavisky y otros tantos jefes de la cultura burguesa contemporánea. Es ridículo soñar. Y más ridículo todavía es hablar de la independencia individual, en una sociedad donde los hombres, comprendiendo también entre ellos a los periodistas, se venden y se compran fácil y "libremente" como ovejas o gansos.

El "espíritu" disolvente, corrompido, de la burguesía contemporánea, está confirmado por el número y la infamia creciente de los traidores. Hasta 1920 el mundo conoció muy pocos parecidos a Noske, por ejemplo, que se calificó a sí mismo de "perro sanguinario", o sus compañeros Ebert y Haase, y en general los líderes de la Segunda Internacional.

Las costumbres de la burguesía, tal como la dibujan a diario los gacetilleros de Europa, ofrecen un cuadro terrible, repugnante. Es muy posible que la rutina profesional que tienen de trabajar en la sangre y en el lodo, embote sus sentidos y les impida sacar deducciones de sus observaciones. Registrando los hechos con indiferencia, los salpican de fango y de sangre para distraer al lector burgués que, alimentado por esta descripción de crímenes, se vuelve más obtuso todavía. Es notorio que la literatura más popular entre la pequeña y mediana burguesía, es la novela policial.

Tenemos el derecho de preguntar: ¿dónde y bajo qué forma se conservan todavía, en este fango y en esta podredumbre, los tesoros de las civilizaciones griega y latina? Como valores materiales, se los encuentra en los museos, en las colecciones de los

millonarios donde son inaccesibles a las masas trabajadoras, y a la pequeña burguesía. Como valores espirituales, las obras de Esquilo, de Sofocles, de Eurípides, por ejemplo, deberían ser representadas en los teatros, pero en Europa no existe esta costumbre. En las universidades burguesas, los profesores dan cursos sobre derecho romano, la filosofía griega antigua y otros valores, abarcando el derecho internacional y también el humanismo medioeval. Cedamos a los gacetilleros de Europa el derecho de descubrir en el caos de la vida contemporánea la utilidad de esos valores y de indicar su importancia práctica y educativa. Nos parece que si la Europa contemporánea recuerda a la Roma antigua, es ciertamente a la Roma de su declinación y decadencia.

\* \* \*

Los intelectuales burgueses, ante el proceso de putrefacción de la clase dominante en la Europa contemporánea, desempeñan un papel bastante triste y extraño. Tácitamente se comprende que defendiendo una cultura de clase, los intelectuales defienden la dominación de su propia clase. Ese poder ha sido servido siempre, y continuará siéndolo en nuestros días, tanto desde el punto de vista tecnológico como el ideológico, por los intelectuales más o menos competentes. En 1914, la burguesía europea envió al frente, como simples soldados, a millares de intelectuales, obligándolos a exterminarse los unos o los otros. Antes de ser intoxicados por los gases, mutilados o muertos, esos "maestros de la cultura" tomaron parte, en la medida de sus medios, en la destrucción de ciudades, tierras fértiles y análogas devastaciones de cultura.

La mayoría de esos intelectuales eran proletarios que se suicidaban, por así decir, a fin de reforzar el poderío de los poseedores. Después de la hecatombe, decenas de ellos escribieron libros condenando la locura de la guerra y maldiciéndola. Hoy, los burgueses, se preparan a repetir la matanza mundial, dándole mayores proporciones todavía. Lo mismo que en la guerra reciente, que no respetó siquiera los monumentos y tesoros de la civilización, es probable que en la de mañana, el British Museum, el Louvre, el Capitolio y un gran número de museos de capitales antiguas serán aniquilados, reducidos a polvo. Y también se deduce de lo mismo, que con millones de obreros y campesinos serán destruidos millares de detentadores de energía intelectual, millares de maestros de la cultura. ¿Con qué fin? Con el fin de que un gran grupo de comerciantes y de banqueros pueda saquear y someter a su vecino. Se ha demostrado muchas veces, y ahora es ya indiscutible, el hecho de que las guerras burguesas periódicas no son otra cosa que saqueos armados, o sea crímenes castigados por las leyes burguesas de todos los países.

El crimen estúpido que constituyen los conflictos burgueses se convierte en particularmente odioso cuando se piensa en la enorme cantidad de trabajo precioso e inteligente, de metal y de inventos, que han aniquilado ayer y que aniquilarán mañana los comerciantes. Numerosas ciudades, fábricas y usinas serán redu-

cidas a cenizas; numerosos canales, admirablemente construídos, serán cegados, numerosos campos se volverán estériles. Perecerá gran cantidad de niños. En último análisis, la locura criminal de los poderosos consiste en utilizar a los obreros, a los campesinos y a los intelectuales para la destrucción de sus propias obras y en su destrucción recíproca.

La "primacía de la economía" está íntegramente expresada en el materialismo animal y grosero de los poseedores. El "espíritu" maloliente del materialismo rapaz de las gordas arañas bipedas, no puede volar ya con las alas de la religión y la filosofía. El fascismo y la teoría racista predicán únicamente el pillaje a mano armada. He aquí el odio "espíritu" de la "cultura" burguesa contemporánea. Así vemos que los intelectuales honestos, temerosos de asfixiarse, emigran del país donde ese espíritu se expresa hoy con la mayor nitidez y la mayor impudicia. Y mañana, se declarará también, cínicamente, allí donde se refugian, si el proletariado lo tolera. Naturalmente, se formula una pregunta: ¿con qué derecho la burguesía contemporánea detenta el poder, una clase que reniega ya de los principios de su cultura, que ha renunciado a regir la economía, que ha creado un caos de más en más horrible, que expolia desvergonzadamente a los obreros, a los campesinos, a las poblaciones coloniales con vistas a la guerra? ¿Qué derecho tiene esta clase a la existencia y al poder, cuando traba de manera tan insensata la energía obrera y fecunda del mundo entero, cuando es cuantitativamente infima y cualitativamente criminal y viciada? Esta clase tiene en sus manos sangrientas más de 100 millones de obreros y de campesinos euro-peos, chinos, hindúes y africanos. Este hecho lúgubre y fantástico será más evidente todavía si lo comparamos a otro.

\*  
\*  
\*

Existe un país donde la voluntad y la razón de las masas obreras y campesinas son elevadas por un trabajo necesario del Estado, igualmente útil a cada unidad obrera, y donde toda la masa de energía laboriosa está entregada a una actividad variada destinada a crear nuevas condiciones de vida, es decir, una nueva cultura, la socialista.

En ese país el proletariado, fiel a las doctrinas de Marx y de Lenin, continuadas por Stalin, ha liberado al campesino del impuesto de la tierra, del idiotismo de la vida rural, de la sujeción a los caprichos de la naturaleza, de la influencia perniciosa de la propiedad privada, y ha hecho del poseedor un colectivista.

En ese país el proletariado, mano de obra de la sociedad burguesa, ha comprendido que es el arma de la ciencia, es también capaz de ser un maestro excelente, y un creador de cultura. Allí la población trabajadora aprecia la actividad cultural del individuo, como no lo ha sido nunca hasta ahora, y el precio con que esa actividad se paga contribuye a engrandecer al individuo y al heroísmo de su labor.

Un país donde las mujeres, o sea la mitad de la población, tienen los mismos derechos que los hombres, trabajan heroica-

mente a su lado en todas partes donde puede ser empleada la energía inteligente que transforma el mundo y donde las cualidades, la audacia, el entusiasmo de las mujeres por el trabajo crecen con una rapidez fantástica.

Un país donde los niños son educados fuera de la influencia malsana de la iglesia, la cual tiene por finalidad inculcar al hombre la resignación y la obediencia al poder de los ricos.

Un país donde numerosos pueblos, semisalvajes en otro tiempo, numéricamente poco importantes y no poseyendo a menudo ni su propia escritura, tienen hoy su alfabeto, han adquirido el derecho de desarrollarse libremente, mostrando al mundo el frescor primitivo de sus percepciones, su talento, su trabajo y su poesía soberbios en su simplicidad.

Un país donde las viejas poblaciones, cuya cultura había sido asfixiada por la política colonial de los comerciantes y del zar, revelan hoy perfectamente los talentos y los tesoros de su espíritu refrescado.

En ese país, el artista y el sabio no conocen otros límites que los que les asigna la voluntad del pueblo trabajador, el cual aspira a poseer todos los verdaderos tesoros culturales de la humanidad.

Pero ese país vive rodeado de un círculo de enemigos que evidencian sus riquezas, temen su influencia bienhechora sobre los trabajadores del mundo entero y sueñan con convertirlo en objeto de sus incursiones de rapiña. Por esto, el deseo ferviente de conocer el pasado en la medida en que es necesario crear el futuro, es limitado por la necesidad de trabajar en la defensa, lo que retarda el desarrollo de la cultura material. Este deseo de conocer el pasado está limitado en cierta medida por el hecho de que en la cultura legada por la burguesía, la miel y el veneno están fuertemente mezclados, y que las "verdades" de la ciencia burguesa sobre el pasado histórico de la humanidad, son como las viejas y experimentadas cortesanas que quieren hacerse pasar por niñas ingenuas.

El hombre es un amigo para el proletariado. Pero cuando ese hombre manifiesta tendencias perjudiciales a la sociedad y actúa durante cierto tiempo como elemento social peligroso, no se lo mantiene en la deprimente inactividad de la cárcel, sino que se lo reeduca para convertirlo en un obrero calificado, un miembro útil a la sociedad. En esta manera de obrar, firmemente establecida, para con el "criminal", se afirma el humanismo activo del proletariado, humanismo que no ha existido hasta el presente en parte alguna y que no puede existir en una sociedad donde "el hombre es el enemigo del hombre".

El sabio poder del obrero y campesino de la U. R. S. S. se preocupa de la salud moral de la población trabajadora, sobre todo de los niños y de los jóvenes, con tanto celo de la habilidad y de la educación física, como del desarrollo de la salud física. Con este fin ha creado el primer instituto que existe en el mundo, para el estudio general del organismo humano. Se podrían citar innumerables iniciativas, completamente nuevas, que enriquecen sería y rápidamente al país, modificando su geografía física. La industria no cesa de extenderse, la agricultura se organiza, se introducen nuevos cultivos de cereales y de frutas, el cultivo de los tu-

bérculos y del trigo gana más y más las regiones del norte, se secan los pantanos, se irrigan las regiones áridas, los ríos se vuelven navegables por medio de canales, el país se cubre de una red de energía eléctrica más densa cada año, crecen las reservas de carbón, de petróleo, de minerales metalíferos, de aceites minerales, progresa cada vez más la conquista del Ártico, etc. Y esto es sólo una parte de lo que se hace en un país donde faltan brazos, en tanto que en Europa y América decenas de millones de hombres están en el paro y la miseria. Y eso ha sido creado en la U. R. S. S., en menos de 20 años, lo cual demuestra elocuentemente las cualidades de los pueblos soviéticos, su heroísmo en el trabajo, la transformación de éste en un arte. El proletariado de la U. R. S. S., conducido por la doctrina de Lenin, por la energía incontenible y creciente de Stalin, funda una nueva cultura, la de la humanidad trabajadora. Y bien: ¿cuál es la naturaleza real de la idea de cultura de la burguesía contemporánea? En la base de todo lo que hemos enumerado suscitante, obra la energía creadora del humanismo proletario, del humanismo de Marx y de Lenin. No el humanismo de que hacía gala hace muy poco tiempo la burguesía, pretendiendo que era la base de su civilización y de su cultura.

Entre estos dos humanismos, no hay de común más que el nombre: la palabra es la misma, pero completamente distinto su sentido real.

Hace cinco siglos, su humanismo sirvió a la burguesía de defensa contra el feudalismo y su "jefe espiritual", la iglesia, a la cabeza de la cual se encontraban también feudales. El rico burgués, industrial o comerciante, cuando hablaba de la igualdad de los hombres, entendía su propia igualdad con el parásito feudal, recubierto de la armadura de caballero o de un escudo nobiliario.

El humanismo de la burguesía coexistió perfectamente con la esclavitud, la trata de esclavos, el derecho de pernada, la Inquisición, el exterminio total de los albigenses de Tolosa, el suplicio de Giordano Bruno, de Juan Huss y de decenas de millares de "heréticos", artesanos, campesinos, que se habían dejado llevar por las ideas del comunismo primitivo conservadas en la Biblia y el Evangelio.

¿Acaso la burguesía se opuso alguna vez a las atrocidades de la iglesia y de los feudales? Como clase, no. Solamente algunos individuos aislados opusieron resistencia, y la misma burguesía se encargó de eliminarlos. En el curso de la historia, los humanistas burgueses ayudaron activamente a los feudales a exterminar a los campesinos de Taylor, los Jacques franceses, los Taboritas, lo mismo que en el siglo XX los cultos comerciantes exterminan fría y ferozmente a los obreros en las calles de Viena, de Amberes, de Berlín, de España, de las Filipinas, de las Indias, de China, por doquiera, en fin. ¿Preciso es citar los crímenes innumerables, universalmente conocidos, y que testimonian que "el humanismo como principio de la cultura burguesa" está, en nuestros días, divorciado de la vida? No se hable más. Se ha comprendido ciertamente que es demasiada impudicia hablar de humanismo cuando en las ciudades se fusilan casi diariamente a

los obreros hambrientos, cuando se los encierra en cárceles, cuando se corta la cabeza a los más activos y cuando se los deporta y destierra por millares. En general, la burguesía no intentó jamás venir en ayuda de la masa obrera, de otra manera que por sus limosnas que humillan la dignidad de los trabajadores.

Prácticamente, el humanismo burgués está expresado en la "filantropía", es decir, por la limosna hecha al robado. Ha sido imaginada y puesto en práctica, un principio tonto y equivocado: "que tu mano derecha ignore lo que hace tu izquierda". Después de haber robado a millares y a millones, los "maestros de la vida", gastan sumas miserables en construir escuelas, hospitales, asilos para inválidos. La literatura burguesa predica "la piedad para los que están caídos", pero los caídos son precisamente los hombres que los mercaderes han robado, aplastado y revolcado en el barro.

Si el humanismo de la burguesía fuese verdadero, hubiera aspirado sinceramente a despertar y educar en los hombres sometidos por ella, el sentimiento de la dignidad humana, la conciencia de su fuerza colectiva, de su alto valor como organizadores del mundo y de las fuerzas materiales; el humanismo hubiera debido inspirar, no la idea mezquina y abyecta del sufrimiento inevitable, no un sentimiento de compasión pasiva, sino que habría debido despertar una repulsión activa hacia todo sufrimiento engendrado por causas sociales económicas.

El dolor fisiológico no es otra cosa que la entrada de un elemento perjudicial —que el organismo debe expulsar—, en el curso normal de la vida. El dolor significa: ¡Hombre, defiéndete! El humanismo de los burgueses, predicando la compasión, enseña a aceptar el ultrajante dolor proveniente de relaciones de clase que pretende establecidas definitivamente para el porvenir, a aceptar la división envejecedora de hombres, razas y pueblos superiores e inferiores, en aristócratas blancos y esclavos de "color". Esta última división ha sido establecida sobre todo porque impide a la humanidad trabajadora tener conciencia de la unidad de sus intereses.

El humanismo del proletariado revolucionario es franco. No pronuncia palabras muelles y resonantes sobre el altruismo. Su finalidad es la de liberar al proletariado del mundo entero del grupo sangriento, odioso e insensato de los capitalistas, de enseñar a los hombres a no considerarse como una mercancía que se compra y que se vende, como una primera materia para crear el oro y el lujo de los burgueses. El capitalismo viola al mundo como un viejo senil a un mujer joven y sana, a la que no puede fecundar, pero a la que comunica, en cambio, sus enfermedades de vejez. La tarea del humanismo proletario no exige líricas declaraciones de amor. Exige, sí, que cada obrero comprenda su deber histórico, su derecho al poder, su actividad revolucionaria, particularmente indispensable en vísperas de una nueva guerra que los capitalistas preparan, a fin de cuentas, contra sí mismos.

El humanismo del proletariado exige un odio inextinguible hacia la burguesía, hacia el poder de los capitalistas, de sus sirvientes, los parásitos, los fascistas, los verdugos y los tiranos de

la clase obrera, un odio hacia todo lo que obliga a sufrir, hacia todos los que viven del sufrimiento de centenares de millones de hombres. Y me parece que esta esquemática enumeración de las cualidades reales sobre el valor de la cultura burguesa y la cultura proletaria, es suficientemente clara para todo hombre honesto.

Traducción de  
Luis Reiseron.

## Comentarios marginales por Aníbal Ponce

Quedó explicado en una nota de la pág. 227, cómo empezó, en 1860, el conflicto constitucional entre la Cámara de Diputados —Landtag— y el rey de Prusia, Guillermo I, a propósito de la reorganización del sistema militar. El ejército del Rey, que había sido hasta de entonces de 140.000 hombres, se elevó de pronto a 200.000. Instrumento poderoso dirigido contra la burguesía, el nuevo ejército servía las aspiraciones absolutistas de la nobleza terrateniente. Alarmada la "opinión nacional", la Cámara de Diputados rehusó aprobar el presupuesto de gastos, de acuerdo al derecho que le reconocía la Constitución de 1850.

A pesar de todos sus defectos, a pesar de la insuficiencia de su programa y de la heterogeneidad de sus elementos, el partido llamado "progresista" encarnaba en dicha ocasión las aspiraciones de los elementos antifeudales.

Por esa misma época, sin embargo, los más avanzados grupos obreros llegaron a comprender que sólo en parte los "progresistas" defendían sus intereses. Nació de ahí el deseo de fundar un auténtico partido obrero, con programa propio, que dejara de ser una simple criatura del partido progresista.

Vinculado al principio a este último partido, Lassalle empezó a alejarse de él y a aproximarse cada vez más a los grupos obreros. En el prefacio al "Sistema de los derechos adquiridos", que lleva fecha 27 de mayo de 1861, no disimuló sus ataques a la vulgaridad y estrechez de "los defensores de la burguesía liberal", y ya hemos visto cómo aprovechó un pretexto nimio para romper con Duncker. Era esa su situación política cuando fué invitado, durante la primavera de 1862, a pronunciar una conferencia en uno de los distritos de Berlín pertenecientes al partido progresista. La ocasión era excelente para atacar a los jefes progresistas frente a sus propias tropas, revelando todo lo que había de torpe y de suicida en el constitucionalismo puramente de "papel" que defendían.

Lassalle no desaprovechó la oportunidad. En su discurso —"Über Verfassungswesen"—, de digno acento académico, pero de una construcción tan hábil que se lo sigue con un interés vehemente, demostró sobradamente que la constitución efectiva de un país no consiste sino en las relaciones de fuerzas reales que se encuentran de hecho en esa sociedad, y que, por lo tanto, un pueblo no posee en su constitución amparo contra el capricho de sus gobernantes sino cuando es capaz de defenderse contra ese capri-

cho hasta en ausencia de la constitución. El error gravísimo de la revolución prusiana de 1849 fué no apoderarse efectivamente del gobierno, y no transformar el ejército del rey en ejército de la nación. Frente al conflicto de 1862, la conferencia de Lassalle sugirió, sin comprometerse demasiado, el camino que debía emprender la burguesía como representante de toda la nación.

En sentido estricto, faltaba a la verdad la "Sternzeitung", órgano del Ministerio de Guerra, cuando al día siguiente de la conferencia acusaba a Lassalle de "tendencias subversivas". Con más precisión, otro órgano de la derecha, la "Kreuzzeitung", decía que el discurso de Lassalle era la obra de un juicio revolucionario, "que no ha dicho ni todo lo que sabe ni todo lo que piensa" (Ferdinand Lassalle, "Discours et pamphlets", páginas 40 y 41, traducción de Dave y Remy, edición Giard, París, 1903). Esa sobriedad en un temperamento tan poco sobrio como el de Lassalle, es quizá lo que da a "De la esencia de una constitución" una fuerza y un alcance que no se encuentran a menudo ni en sus escritos ni en sus discursos. Naturaleza teatral, de una vanidad ridícula (véanse sus confidencias a Sofía Sutzew y a Helena de Rakowitz en Bernstein, "Ferdinand Lassalle. Le réformateur social", páginas 35 y 44, traducción Víctor Dave, editor Riviere, París, 1913), Lassalle no escribía una línea, no pronunciaba una palabra sin que Lassalle no estuviese constantemente en primer término. Cuando en 1864 editó en un folleto el discurso pronunciado en Ronsdorf, con motivo del aniversario de la fundación de la "Asociación general de los obreros alemanes", el mismo Lassalle intercaló en el texto de la arenga las diversas impresiones que el discurso produjo en su auditorio. Algunas son penosas de leer: "el orador apoya la voz tanto como es posible y acompaña las palabras con los gestos más emocionantes..." La complacencia con que Lassalle se escuchaba es la que se interpone entre su palabra y el lector aún en los casos en que no figuran en el texto los habituales paréntesis con los "aplausos", las "exclamaciones", las "explosiones de estupefacción". Compárese, por ejemplo, la defensa de Marx en el proceso de los comunistas de Colonia, proceso en que el propio Marx jugaba su libertad, con cualquiera de los discursos o defensas de Lassalle. Frente al jurado que lo va a juzgar, Marx se ha olvidado a tal punto de sí mismo que parece un profesor dictando una clase a sus alumnos (ver Marx, "El proceso de los comunistas de Colonia", en el apéndice a la edición Bergua de "El 18 Brumario", págs. 287-294, traducción José Bullejos, Madrid, sin fecha); frente al lector, al juez, a la asamblea, Lassalle busca, al mismo tiempo, la convicción y el elogio: no olvida la causa que defiende y arriega también su libertad, pero piensa, además, en su corbata, mira a los palcos de reojo, cuida el tono de la voz, está atento al gesto de la mano...

Porque faltan en ella sus defectos más chocantes, su conferencia sobre "La esencia de una constitución" es una obra maestra. Desde la primera palabra hasta la última se advierte, sin duda, al orador, con el don y el gusto de los desarrollos; con el talento de explicar, de probar y de concluir; con la habilidad de ordenar a las ideas en vista de un fin preciso y exacto; con el arte de unir las transiciones regulares o de descomponerlas

y apoyarlas en ideas secundarias. Y todo tan calculadamente distribuido que la tesis enunciada en el exordio puede mostrarse triunfante en el final. Ni la enumeración ni el desarrollo llegan, sin embargo, a fatigar. La tesis que defiende es clara y sencilla. Tal vez por eso, cada nuevo ejemplo la ilumina y robustece. Circunstancia particularmente feliz, porque en Lassalle, pensador confuso, la sencillez del asunto no le deja caer ni en su vieja miopía de jurista ni en sus debilidades incorregibles de hegeliano de derecha. Tan persistentes las dos, que al año siguiente de haber leído "con la más viva admiración", según dijo, la "Crítica de la economía política", de Marx, rescuitaba en su "Sistema de los derechos adquiridos", a los mismos errores que Marx había enterado con su "Crítica".

Motivos ocasionales —un auditorio enemigo y una censura estricta— obligaron a Lassalle a contener sus defectos y a no echar mano más que de sus grandes cualidades. Resultó así esta pieza admirable, de una elocuencia tan grave, de una elegancia tan esbelta; y cuya idea central encierra a tal punto la ciencia sobre las constituciones que hace muy poco tiempo, al anunciar la reforma de la carta soviética, Molotov no pudo menos que traer a su recuerdo la palabra del gran orador que, a pesar de sus gravísimas flaquezas, despertó por vez primera la conciencia de clase del obrero alemán (Molotov, "La sociedad socialista y la democracia soviética", pág. 109, edición "Europa-América", Barcelona, 1935, sin nombre de traductor).

Ningún ejemplo más adecuado para probar la exactitud de la tesis de Lassalle que la evolución de la constitución soviética desde 1918 hasta nuestros días. Y ninguno más elocuente, digo, porque la constitución soviética es la primera constitución en la historia del mundo que no oculta o disimula las relaciones de clase que la inspiran. Los soviets surgieron en ninguna constitución escrita y durante más de un año vivieron sin "hoja de papel". Cuando el Quinto Congreso Panruso la formuló el 10 de julio de 1918, la constitución escrita no podía sino copiar la constitución real que el poder soviético había creado con anterioridad, y trazar la perspectiva general para el ulterior desarrollo: reprimir a los explotadores, construir el socialismo.

Desde entonces hasta hoy enormes cambios se operaron en la estructura social de la U. R. S. S., es decir, en la economía y en las "correlaciones de fuerzas" de las clases. En el momento en que Lenin redactaba la constitución, las masas campesinas estaban muy lejos de admitir la reorganización socialista de su economía, y fuertes supervivencias capitalistas reencendían diariamente una guerra civil desesperada. En el momento actual nada queda de los elementos capitalistas y, prácticamente, el campo está socializado. Desechos los kulaks, magnífica la nueva industria socialista, triunfante el régimen de los koljoses, la nueva constitución que se proyecta debe adaptarse a la actual correlación de las fuerzas de clase. Y si en los primeros tiempos debió reconocer lógicos privilegios a los obreros sobre los paisanos (5,000 electores urbanos tenían la misma representación que 25,000 habitantes de la campaña), porque la organización socialista del proletariado marchaba con más rapidez que la organización so-

cialista del campesinado, ahora que la igualdad se ha producido —gracias al privilegio otorgado a la clase obrera como dirigente— fuera es que la constitución escrita reconociera el cambio que ha ocurrido en la constitución real. Antes de llevar al papel la "democracia integral", la Revolución la había escrito en los hechos.

\*  
\*  
\*

El ensayo de Georges Friedmann sobre el materialismo dialéctico y la acción recíproca no es ni pretende ser un estudio acabado del asunto. Tal como Friedmann lo presenta constituye, sin embargo, una excelente introducción; en gran parte, por la transcripción abundante de los textos pertinentes, y en grado menor por las consideraciones oportunas con que los hilvana.

Las palabras de Engels con que comienza el artículo —tan leales y generosas como todas las suyas— llevarían a creer que corresponde a los mismos fundadores del marxismo una responsabilidad no escasa en la deformación ulterior de que el sistema fué la víctima. Es posible, en efecto, que tomando aisladamente algunas frases de aquellos se pudiera llegar a la conclusión de que descuidaron las reacciones de las superestructuras (políticas, religiosas, artísticas, éticas, científicas, etc.) sobre la base (desarrollo económico, modos de producción y de cambio) a fuerza de atender a la acción, de la base sobre las superestructuras. Pero no sólo abundan en la obra de los fundadores los pasajes terminantes que completan o corrigen el pretendido descuido o la explicable premura — "no siempre tuvimos tiempo", dice Engels —, sino que en el primer capítulo del "Anti-Dühring" ha sido expuesta ampliamente la concepción del marxismo sobre la interdependencia (Zusammenhang) y la acción recíproca (Wechselwirkung). Es inexplicable que Friedmann ni siquiera lo mencione entre tantas otras citas oportunas. Por la sencillez y la precisión me parecen de un conocimiento obligado. Aun más: todo lo que ahora se grita en el campo de la derecha contra el modo de pensar naturalista; todo lo que las "estructuras" de Spranger, por ejemplo, traen de nuevo sobre el "atomismo" de los asociacionistas, no son nada más que "un ruido de latón transcendental" —como diría Engels— frente a las humildes "generalidades" del capítulo primero del "Anti-Dühring".

Cuando se reflexiona —escribe Engels— sobre la naturaleza, la historia o nuestro propio espíritu, "nos encontramos de primera intención con la imagen de una trama infinita de concatenaciones y mutuas influencias" (página 7 del "Anti-Dühring", en la traducción española de W. Roces, editorial Cenit, Madrid, 1932. Ha aparecido no hace mucho otra edición española, más económica, de Bergua, Barcelona). Esa imagen primitiva del mundo, que Heráclito expuso con bastante acierto — nada permanece lo que era ni cómo y dónde era sino que todo se desplaza, se transforma, nace y perece— con ser perfectamente exacta no es suficiente para explicar los elementos aislados de que ese

mundo se forma. Si quiero saber qué acción tiene la adrenalina sobre el simpático o por qué Italia se lanzó sobre Etiopía no me conformo con pensar que cada uno de esos fenómenos es un simple detalle en una red infinita de concatenaciones y mutuas influencias. Para penetrar en esos elementos aislados "no tenemos más remedio que desgajarlos de su entronque histórico o natural e investigarlos por separado, cada uno de por sí, en su estructura, causas y efectos que entre ellos producen, etc." (p. 7). El análisis de la naturaleza, de la sociedad y del espíritu; la clasificación y acarreo de los fenómenos que ese análisis descubre a fuerza de diseccionar y separar, fueron como se comprende fácilmente la etapa preliminar y la condición ineludible de todos los progresos que vinieron después. "Pero estos progresos —continúa Engels— nos han legado a la par el hábito de enfocar las cosas y los fenómenos de la naturaleza aisladamente, sustraídos a la gran concatenación del universo; no sorprendidos, por tanto, en su dinámica, sino enfocados estáticamente, no captados como situaciones sustancialmente variables, sino como datos fijos, diseccionados como materiales muertos y no aprisionados como objetos vivos" (p. 8). Ese método de observación, "unilateral, limitado, abstracto"; aparentemente plausible porque es el del sentido común y de la lógica formal (ver Plejanov, "Lógica y Dialéctica", en el No. 1 de "Dialéctica", págs. 14 y siguientes); no puede contemplar los objetos de su investigación sino por separado y uno después de otro. "Para él, una cosa existe o no existe, y no concibe que esa cosa sea a la par la que es y otra distinta. Ambas se excluyen en absoluto, positiva y negativamente; causa y efecto revisten asimismo a sus ojos la forma de una rígida antítesis". Dentro de ciertos límites esta manera de encarar las cosas puede ser prácticamente inobjetable; aunque yo sepa que la mesa en que escribo envejece cada día y por lo mismo cambia, puedo creer que la que veo hoy es la misma que vi ayer. Mas tan pronto me arranco de ciertas zonas en que ese modo de enfocar las cosas es prácticamente inobjetable, el método analítico-abstracto me conducirá a "insolubles contradicciones": desde la tortuga que es más veloz que Aquiles hasta la creencia en una esencia del hombre, siempre la misma a través de la historia.

Aspecto muy distinto presenta la naturaleza, la sociedad y el espíritu cuando logramos sustraernos a ese hábito de enfocar las cosas por separado, y de considerar la causa y el efecto como una antítesis rígida. A partir de ese momento se nos descubre de inmediato que "la causa y el efecto son representaciones que sólo rigen como tales en su aplicación al caso concreto, pero que, situado el caso concreto en sus perspectivas generales, articulado con la imagen total del universo, se diluyen en la idea de una trama universal de acciones recíprocas en que las causas y los efectos cambian constantemente de sitio y en que lo que ahora o aquí es efecto, cobra luego o allí carácter de causa, y viceversa" (p. 9).

Sobradamente esclarecido queda pues, que para el marxismo ni hay fenómenos aislados ni relación causal unilateral; a todo lo

que existe lo ve "moverse, transformarse, vivir, influirse mutuamente" (p. 120). Ese carácter del marxismo, inseparable de su método y de su aplicación, es de una evidencia tal que sólo el desconocimiento más completo de lo que representa como concepción del mundo puede llevar a incluirlo entre los sistemas que suponen entre la causa y el efecto una relación de dependencia unilateral. En la Argentina, el más ilustre representante de la sociología universitaria, el profesor Raúl A. Orgaz, de ordinario tan cauto e informado, ¿no ha reprochado al marxismo, fundándose precisamente en la concepción de la causalidad que le atribuye, eso que llama su "insuficiente simplismo"? (Raúl A. Orgaz, "Introducción a la Sociología", pág. 42, editorial C. L. E. S., Buenos Aires, 1933).

Al desarrollo rectilíneo que otras teorías de la evolución adoptan como premisa, el marxismo opone con la interpretación que le es propia, el "desarrollo en espiral" de que hablaba Lenin. Como fenómeno aislado, A no existe jamás. Considerarlo "en su pureza" o en su "esencia" es renunciar por anticipado a la esperanza de abarcarlo en toda su complejidad. No es posible conocer el fenómeno A, sino después de estudiarlo en todas sus relaciones. Semejante estudio no podrá ser nunca exhaustivo; pero para evitar los errores y las deformaciones no hay más camino que el que Lenin aconsejaba en su polémica con Bujarin a propósito de los sindicatos: enfocar cada fenómeno en su "omnilateralidad". ¿Se podría encontrar una palabra más exacta para exhibir en toda su desnudez el gratuito reproche de unilateralidad que al marxismo se le hace?

Entre los recuerdos literarios que Máximo Gorki (1869-1936) ha relatado de tres de sus contemporáneos más ilustres— Tolstoi, Tchejov, Andreiev— destaco estas líneas cuyo alcance preciso no sospeché en su tiempo el mismo Gorki pero que nosotros estamos en condiciones de comprender ahora: "Para Tolstoi tengo un interés de orden etnográfico: soy el representante de una especie de hombre mal conocida, y nada más" (Máximo Gorki, "Trois ruses", pág. 19, traducción de Dumesnil, edición Gallimard, 1935).

Una especie de hombre mal conocida, eso era Gorki antes de la revolución; un magnífico representante de la nueva humanidad, eso es lo que empezó a ser después de Octubre. Suerte envidiable la suya. De las miserias de la vieja sociedad nada le quedaba por conocer. La "amargura" la llevaba hasta en el nombre. Pero este escritor vigoroso que vivió entre el tropel de los "ex-hombres", tenía como nadie una fe inquebrantable en las fuerzas del hombre.

Tolstoi había hecho suya la frase atroz de Tertuliano: "el pensamiento es un mal". En la atmósfera a lo Poé en que Andreiev vivía, la conciencia era también "una mala partida que el demonio ha jugado al hombre". Sólo Tchejov, se irritaba del

desconcierto y de la incuria que yacían en el fondo de las almas de "élite"; pero en vez de hacer algo para cambiar el curso de las cosas, se echaba a soñar en los tiempos a venir.

En oposición a los tres, Gorki aportaba soluciones. Frente a Tolstói que lanzaba a todos los videntes su "no resistencia al mal", Gorki gritaba su amor por "los hombres activos que se disponen a resistir el mal de la vida por todos los medios, aun por la violencia" (p. 88).

Entre los héroes de Tchejev, disconformes del presente, pero que vuelcan todos en tristes sueños su rebeldía, Gorki restallaba como un látigo su conclusión inapelable: "Muchos son los que se complacen en imaginar cómo será dentro de dos siglos la belleza de la vida, pero ninguno se plantea este problema simple: ¿quién conseguirá hacerla hermosa si todos nos limitamos a soñar?" (p. 155).

Con Andreiev, su compañero de diez años, las discusiones sobre el hombre terminaban siempre en desacuerdo: "Para mí, —confesaba— aún mortalmente herido, aún moribundo, el hombre es siempre vencedor" (p. 193).

Así pensaba el escritor de los tugurios y de los miserables; así pensaba el hombre que con más derecho aún que Jacobovitch pudo cantar como propio, el verso desolado: "¿Por qué tendríamos que amarte, patria? ¿Fuíste acaso, para nosotros, una madre?" Construir sobre la tierra, la patria nueva, la patria que fuera la verdadera madre de los hombres; construirla en la lucha, en el libro, en la prédica, en la cárcel, en el destierro, en la barricada; levantarla para hoy mismo como morada efectiva sobre el mundo y no como ilusorio consuelo entre los sueños: eso fué para Gorki el propósito, la misión, el objeto de su vida.

Estaría fuera de lugar repetir ahora lo que todo el mundo sabe: la devoción de Gorki a la causa del proletariado, desde las filas del partido revolucionario ruso en los tiempos en que era perseguido, hasta las horas últimas de su ancianidad gloriosa, transformado ya en el primer escritor "de choque" de la U.R.S.S. Errores y zigzags existieron en su vida: el doctrinario era en el menos robusto que el artista. De su vieja formación de vagabundo, de sus resabios de desarapado, de sus simpatías por los "populistas" le costó no poco desprenderse. Desde 1903 se acercó a los bolcheviques; sin entrar en el partido, fué partidario de Lenin, y si en los primeros tiempos de la revolución de Octubre se separó dolorido fué para volver después, más renovado y más seguro. En su respuesta en 1928 a "mis ex-admiradores de Nijni-Novgorod y de Sormovo" ha señalado con su limpia franqueza la causa de su error: "En 1917 —dice—, y lo siento mucho, sobreestimé el papel revolucionario de los intelectuales y de su "cultura espiritual", sin apreciar en su justo valor, la voluntad, la valentía de los bolcheviques, la conciencia de clase de los obreros avanzados. En otra oportunidad ya he hablado de este error. Nadie, ciudadanos, tiene asegurada su vida contra los errores; puede que algunos de vosotros se equivoquen también en cuanto a la actitud hostil que observan hacia el poder soviético, hacia la clase obrera". Y algunas páginas

después agregaba: "No he trabajado durante mi vida entera más que para una cosa: para reforzar en las gentes su voluntad de vivir, su odio activo a la realidad heredada del pasado. Lo que los hombres necesitan es otra realidad y nó la que están acostumbrados a vivir. Veo que la creación de una realidad nueva en nuestra Unión Soviética continúa con una rapidez sorprendente; veo con cuanto éxito se llena nuestra vida de la energía creadora de la clase obrera, y creo en su victoria" (Gorki, "En guardia", páginas 30 y 37, traducción de A. Buendía. ediciones Europa-América, Barcelona, sin fecha).

Suerte envidiable la suya, hemos dicho más arriba, porque no muchas veces se da en la historia que el profeta toque con sus propias manos la deslumbrante realidad que anticipaba. El mismo Gorki ha contado alguna vez que en el curso de una conversación con Andreiev, en Capri, alguien le dió a este en su presencia, el argumento del cuento "Las Tinieblas". Y cómo al leerlo después, tal como Andreiev lo había interpretado y deformado, sintió una impresión tan penosa que le pareció que Andreiev había "dado orden de suspender una fiesta que yo esperaba ávidamente". El episodio real que inspiró la narración ponía de relieve un movimiento generoso del corazón humano que en el relato de Andreiev había desaparecido bajo humillaciones inútiles y detalles atroces. En vano fué que Andreiev defendiera la libertad del artista. Para Gorki aquel relato era un crimen imperdonable cometido por capricho, porque "sucede muy rara vez —decía— que la realidad sea más hermosa que el relato".

En el ensayo rebosante de simpatía humana que "Dialéctica" publica hoy como un homenaje a la memoria del gran muerto, reconocerá el lector la dicha infinita de este hombre que habló alguna vez de "la suerte de vivir en la edad más extraordinaria de la humanidad", y para quien la Historia tenía reservado el espectáculo inenarrable de una realidad social mucho más hermosa que los sueños.

## Las Revistas y los Libros

PAUL LAFARGUE. *Por qué cree en Dios la burguesía*. Edición «Dialéctica». Buenos Aires, 1936.

Hace más o menos cuarenta años, a propósito de un estudio de Lafargue sobre Campanella, Benedetto Croce escribía con sorna que Lafargue aplicaba el marxismo como quien hace sonar un organillo (Croce, «Materialismo Histórico ed economía marxística», pág. 184, cuarta edición, editor Laterza, Bari, 1921).

Hace apenas unos meses, en su libro sobre "Los orígenes de la religión", Lucien Henry acusaba a Lafargue de haberse equivocado en la "solución mecánica" que ha dado al problema de los orígenes sociales de la religión. (pág. 41, "Editions Sociales Internationales", París, 1935).

Marxistas y no marxistas — dentro y fuera de Illéon—, reprochan pues a Lafargue una misma aplicación "mecánica". Aunque se-

ria excesivo generalizar ese juicio a toda la obra de Lafargue, es innegable que encierra una buena parte de verdad. El lector de "Por qué cree en Dios la burguesía", volumen primero de la serie «Polémica» de nuestra biblioteca «Dialéctica», habrá observado que aún partiendo de premisas exactas Lafargue se extravia más de una vez por no tener en cuenta esa "interacción" o "acción recíproca" sobre la cual ya habrá leído en este mismo número el excelente estudio de Georges Friedman.

Aunque Lafargue no cita el "Anti-Dühring" de Engels es evidente que ha tomado de allí lo mejor de su tesis sobre los orígenes sociales de la creencia en Dios entre los burgueses. En las páginas 346-348 del «Anti-Dühring», (traducción española de Rocois, edición Cenit, Madrid, 1932), Engels enseña de modo magistral cómo la religión no es más que el reflejo fantástico que proyectan en la cabeza de los hombres los poderes naturales y sociales que lo dominan, y cómo también una vez que el hombre haya conseguido señorear las fuerzas naturales y sociales desaparecerá también la religión: «por la sencilla razón — dice — que ya no habrá nada que reflejar». De Engels han salido pues las líneas directrices del folleto de Lafargue; pero al desarrollárlas ha incurrido Lafargue en interpretaciones «mecánicas». «Mientras que en todas las capas de la Burguesía, el sentimiento religioso continúa vivaz y se manifiesta de mil maneras, una indiferencia religiosa irrazonada, pero inquebrantable, caracteriza al proletariado industrial» (p. 23). Y dos páginas después añade: «La indiferencia en materia religiosa, el más grave síntoma de irreligión,

según Lamennais, es innata en la clase obrera moderna. Si los movimientos políticos de la Burguesía revistieron una forma religiosa o antirreligiosa, no puede observarse en los obreros de la gran industria de Europa y de América ninguna necesidad de una religión nueva para reemplazar el cristianismo, ni ningún deseo de reformarlo».

Es fácil probar, nada más que hojeando la monografía de Engels sobre la «Historia del cristianismo primitivo» (publicada en el n.º 3 de «Dialéctica») que entre los obreros de la gran industria del siglo XIX prosperaron los profetas y los «nuevos» cristianismos. No importa que la gran industria lleve consigo las premisas objetivas que conducirán al proletariado moderno a desprenderse de las creencias religiosas; y no importa digamos nada ocurre en la historia de manera fatal como bajo el influjo de fuerzas ciegas. Por el hecho de que un hombre sea un obrero de la gran industria — no es posible resolver desde ya, en abstracto, que ha traído al nacer la irreligiosidad. La gran industria alcanzó su máximo esplendor en Inglaterra. Los obreros ingleses fueron por eso los más descreídos entre todos los obreros? La encuesta de Booth que Lafargue muestra triunfalmente parece darle la razón. Pero ¿qué valor tiene esa estadística frente a las consideraciones del mismo Engels en «Inglaterra y el materialismo»? (n.º 4 de «Dialéctica»). Con su habitual flexibilidad Engels nos muestra hasta dónde el proletariado del primer país industrial de su época estaba profundamente aburguesado, y hasta dónde por lo mismo compartía las creencias religiosas de sus amos. La interpretación abstracta de Lafargue — burgueses de un

lado, proletarios del otro, como clases aisladas, sin interacciones e influencias recíprocas — tenía que conducir fatalmente a una tesis general reñida con los hechos. No es posible resolver ningún problema sin situarlo en las relaciones de clase de la época, sin seguirlo en su génesis y desarrollo, sin desmenuzarlo al final en su complejidad de hecho concreto.

Lafargue ha pasado apresuradamente sobre la evolución del proletariado, y ha atribuido al «obrero de la gran industria», como ente abstracto, las cualidades que presenta en algunos países contemporáneos su vanguardia más consciente. «Lógica formal» y no «lógica dialéctica» es la que se ve en muchos pasajes del librito de Lafargue, y como es necesario aprender en los errores de todos — y mejor si el error es de un maestro por otras cosas respetable — bien venido también hasta el «mecanismo» de Lafargue para hacernos evitar análogos errores. Y ahora que sabemos todo lo que hay de falso en las fórmulas de este tipo: «el modo mecánico de producción, que engendra la religiosidad en los burgueses, crea al contrario la irreligiosidad entre los proletarios» (p. 115), digamos unas cuantas palabras sobre el mérito del panfleto. La palabra panfleto ha adquirido entre nosotros un cierto sentido peyorativo que no tiene por cierto ni en inglés ni en francés: tal vez porque la falta de grandes modelos en el género no ha podido darle en español la jerarquía debida. Voluntariamente o no, «La croyance en Dieu», de Paul Lafargue, tiene el ritmo, el paso, el tono del panfleto. El razonamiento apretado marcha recto al fin, sin complicaciones ni medias tin-

tas; la ironía y el sarcasmo surgen o se crispan según las circunstancias; y la prosa de frases breves se concentra a menudo con la sobriedad y la exactitud de una leyenda de medalla: «el incognoscible reina en la sociedad burguesa, como en una casa de juego»; «la burguesía triunfante perdió su irreligiosa combatividad, y como los perros de la Biblia, volvió a su vómito» etc. Exacta en sus líneas generales, animada por la pasión del panfleto — cólera y desprecio al mismo tiempo — «Por qué cree en Dios la burguesía» tiene el encanto de las pequeñas obras en que un gran escritor nos muestra, en un solo haz, sus excelencias y sus fallas.

Ya que no uno de sus grandes teóricos, el marxismo tuvo en Lafargue un expositor y un incitador. Sobre su tumba, «el ciudadano Lenin, del partido social democrata ruso», según decía «l'Humanité» del 4 de diciembre de 1911, declaró conmovido que mucho antes de la revolución de 1905, durante el período que la precedió y preparó, los proletarios conscientes de Rusia «habían aprendido a considerar a Lafargue como a uno de los más grandes y de los más profundos propagadores de las ideas marxistas». Rindámosle el homenaje de ese recuerdo, en estos momentos en que son tantos los que dentro y fuera del marxismo no quieren ver nada más que sus defectos. Dos épocas se reunían en Lafargue: la de su juventud, en que bajo la bandera de la República los obreros franceses se lanzaron al asalto del imperio; la de su madurez en que bajo el signo del marxismo, los obreros de Francia aprendieron a luchar contra el orden burgués. Y algo debieron aprender en sus panfle-

tos, puesto que sus hermanos de Rusia, la más gloriosa avanzada del proletariado mundial, saludaban a Lafargue como a un guía, por labios de su táctico genial. — A. Ponce.

EDUARDO MALLEA. *Nocturno Europeo*, editorial "Sur". Buenos Aires.

"Ningún carácter de los que figuran en este libro —dice el señor Mallea en una breve advertencia— es retrato de persona alguna actual. Esta es la historia — tan oscura, tan desordenada — de la hora de un hombre en esta hora del mundo".

Innecesario añadir que cuando un autor asegura que su libro es una obra sin clave es porque desea que todo el mundo se entere de que hay una clave en su libro. No se necesita ser muy perspicaz para descubrirla en el "Nocturno Europeo" del señor Mallea: ¡el escritor Pierre Davalier de su "novela", autor de "Páramo oceánico", se parece tanto a Paul Valéry, autor de "Cementerio Marino"! Y si el calco no fuera evidente, no está ahí además un lapidario sugestivo que lo prueba? El escritor Davalier que en la página 65 se llama Pierre, en la pág. 67 se llama Paul... Pero dejemos de lado esta minucia a propósito de la clave, que se podrían multiplicar largamente sin esfuerzo, para detenernos en cambio un poco más sobre "la hora de ese hombre en esta hora del mundo".

El Adrián de la novela del señor Mallea había llegado a la conclusión, después de mucho meditar, "que el mundo transforma hoy a los hombres en grandes ansiosos o grandes cínicos y que cada hora nos trae un viento más trágico de disolución, de incertidumbre y de furia" (p. 15). Ansiosos o cínicos: he ahí clasificada

dos a los hombres de hoy. En el primero de esos grupos se incluye el personaje del "Nocturno": "él mismo era un agitado — confiesa—; y cada día más, y cada día más irremediablemente, por la multiplicación de sus dudas" (p. 23). "Insomne de vocación" (p. 24), luchaba por imponerse "a sus propias voces disolutivas", buscándolas en la lectura y el análisis la causa de su tormento. Y a esa causa la descubrió un buen día no en la banal actual del capitalismo, aún en la forma embarullada en que podría sentirse el mequetrefe pequeño-burgués de la novela del señor Mallea, sino en "haber abandonado, en el fondo mismo de su propia substancia humana, el imperio del espíritu, la gravitación del espíritu" (p. 35). Sabía sí que en "el centro multitudinario de las capitales", "entre los venenos espesos que son la sangre de las urbes", eran muchos los que buscaban por otros caminos la solución de esos males. Pero el "héroe" del señor Mallea los envolvía a todos en el mismo desprecio. De uno de ellos escribe: "Era uno de los que teorizan sobre el materialismo histórico desde el fondo de su personal resentimiento. Y con quienes, desde luego, había que hacer la primera pira para salvar el suspirado fénix de la humanidad; en realidad, bastaría con ese auto de fe, con esa quemazón de los medularmente depravados, para que, sin ayuda de sistemática teoría alguna, los dispersos encontraran unidad y los partidos sociales su movilización hacia un orden" (p. 44-45) Y como si la intención de este párrafo no fuera suficientemente clara, el señor Mallea agrega más adelante que su Adrián era "un convicto de que un estado de anarquía profunda no se remedia en los pueblos sino con

extrema flagelación" (p. 107); "¿cuando caerá el fuego — pensaba —, la flagelación justa contra tanta anarquía? ¿Cuándo hará el hombre la cabeza para entrar por la puerta baja" (p. 159).

En París, en Chablís, en Florencia, había descubierto que los hombres se prostitúan y desintegraman porque así se los exigía "las mil cabezas de la Gorgona multitudinaria" (p. 188). ("La Gorgona no tenía mil cabezas, ni existía en singular. Se las llamaba Gorgonas a tres hermanas, Medusa, Esteno y Eurala, que petrificaban a quien las miraba. ¿De donde sale pues lo de las "mil cabezas"? Como el señor Mallea es propenso a los lapsus, puede ser que en vez de Gorgona hubiera querido decir la Hidra. Pero así mismo nos sobran las 993 cabezas, porque la hidra no tenía más que siete. Claro está que este asunto no tiene importancia y por eso eterraremos enseguida el fastidioso parentesis. Por otro lado un escritor modernísimo no tiene por qué saber mitología y mucho menos si describe la conciencia atormentada de un hombre en esta hora del mundo. ¡Como para reparar en cabezas más o en cabezas menos!)

Quedamos en que Adrián hallaba en todas partes, hombres aislados, vacíos de humanidad; desconcerto en los intelectuales, resentimiento en los revolucionarios. Sólo en un monasterio, un puñado de sacerdotes y creyentes le dió Adrián el espectáculo "alegre y fuerte" del fervor sacro; del coro vehemente y combativo que habla en presencia de Dios desde el fondo de su certidumbre (p. 207). Empinado sobre la miseria de su vida árida, el héroe del "Nocturno" sintió en ese instante, más fuerte que nunca, "la llamada al orden" (214). En qué con-

siste esa llamada, el autor nó lo explica. Pero si recordamos algo de lo que ya nos había dicho, comprendemos la relación de esta "llamada" con la flagelación y con las piras: bastará prender fuego a los "medularmente depravados" para movilizar los partidos "hacia el orden" y salvar al mismo tiempo, "el suspirado fénix de la humanidad".

He ahí en lo esencial esta "historia desagradable" — así la llama el mismo autor — en que las sombras de la noche oscurecen la fábula y la prosa. De la fábula, si es que la hay, algo habrá visto el lector en lo que hemos escrito: de la prosa, guste algo el lector en estas transcripciones: "Los dictadores habían acabado por ser prisioneros de la difusión congruente de su predicado" (p. 33); "entendí que el Amor es un estado de fecundidad reflectante" (p. 40); "había entrado, al socaire de viril vigilancia, en casa de mujer peligrosa" (p. 55); "si aún el mecanismo del intelecto y el alma son entre ser y ser tan diferentes como números de valencia antipódica..." (p. 105) etc.

Prosa y fábula reflejan adecuadamente esa "cosa oscura y turbida como la sangre venosa" que el señor Mallea se ha propuesto transmitir: el desconcierto de un hombre que se espanta frente a la hora en que vive y que no atina a reclamar sino la hoguera para salvar "al suspirado fénix". Es posible que no ande muy descaminado el señor Mallea al exigir la pira y la flagelación, aunque él se reserva el derecho de elegir los condenados. Puede ser que la historia le dé razón a medias. Su Adrián ha contado que en Florencia, junto a una mesa de obreros, oyó hablar de Lenin. No importa que la anécdota sea históricamente falsa: en la Florencia fascista de nuestros

días están todos en la cárcel, sin excepción, los que alguna vez hablaron de Lenin en alta voz. Pero puede ocurrir muy bien que entre las sombras del "Nocturno europeo" esa frase sea la única que tenga un resplandor de porvenir, y que entre el grupo de obreros que la escuchaban estén precisamente los "flageladores" capaces de salvar al "suspirado fénix". — *Luis Mariel*.

JULIO DIAZ USANDIVARAS. *Carta abierta al señor Intendente Municipal*, en la revista "Nativa", número 149, mayo 31 de 1936.

En una de las páginas de su libro titulado "Palo Santo" (edición del autor, Buenos Aires, 1933) el señor Julio Díaz Usandivaras se ha comparado al "hermano chingolo", porque uno y otro pasan por la vida "el contraste heroico de la bizarria con la opresión". De la bizarria que el chingolo trajo al nacer; de la opresión de los "bárbaros que sin comprender las gárgulas armonías de su música", lo desprecian y persiguen. Como el chingolo, el señor Díaz Usandivaras se dice perseguido "porque no repite a la manera del estúpido loro de la psitacosis, lo que oyó decir a los vecinos". Y por eso, porque "lleva a todas partes la voz grandilocuente de la tradición", los "modernistas bárbaros de ahora" han condenado al señor Usandivaras "en el estrado vil de las envidias" (p. 57-59).

Escritor tradicionalista, el autor de "Palo Santo", "Jazmín del país", "Espejo nativo" y algo más, pastorea desde hace años, con el perro fiel de los quereres gauchos, —son sus palabras— por las lomas llovidas del campo argentino. Pero por lo mismo que la estirpe nativa palpita muy dentro del jagüel de agua dulce de sus sueños de criollo, el señor Usandivaras no

ha encontrado en estos tiempos de barbarie modernista el jurado criollo que cuelgue en su obra el anhelado gran premio, como una cinta argentina en su guitarra sonora. La última injusticia que se acaba de cometer con él, le ha llevado a publicar en la revista "Nativa", que dirige, una larga carta-protesta al Intendente. Mientras se premian por ahí más de una novelucha o poema de argumento subversivo, el señor Usandivaras hace ver que sus once libros argentinos siguen como el pobre chingolo, olvidados cuando nó mal heridos, por los patoteros de las sórdidas bandadas. Así, en el último concurso municipal, el señor Usandivaras presentó un libro de versos, "Talar"; pero el jurado, como de costumbre, ni se dió por enterado. En opinión del autor ese libro es el mejor de los que hasta ahora publicó. Su noble indignación le ha llevado por eso a dirigirse al Intendente denunciando los hechos "repugnantes y canalescos" que se vienen realizando. En las primeras páginas de "Talar", para colmo, —dice el señor Usandivaras— puede leerse, como certificado indiscutible de su calidad, una carta del gran poeta y escritor fallecido, Dr. Joaquín Castellanos, en la que dice, —refiriéndose a uno de los versos que forman parte del conjunto: "En su verso "Domador", usted realiza algo de lo que han hecho los más grandes poetas de todos los tiempos y razas. Por esta condición, el "Domador" de Julio Díaz Usandivaras, será una de las producciones nacionales que merecen inmortalidad".

"Esta sentencia, tan autorizada por ser de quien viene, no ha sido tenida en cuenta por el jurado a los fines de juzgar mi obra presentada al concurso. Pasó por encima de ella, demostrando su inso-

lencia o su incapacidad, porque quien prescinde del juicio crítico de un maestro de la talla de Castellanos, no puede ser otra cosa que un espíritu pusilánime, o, si quiere jerarquía, un príncipe de la ignorancia..."

El señor Díaz Usandivaras expone a continuación varios hechos que demuestran la irresponsabilidad de muchos jurados que premian libros que no leen y la ignorancia de muchos otros que juzgan en materias q ue desconocen. "¿Tendré que marcharme a otro país para que se haga justicia a mi obra?", se pregunta el poeta-chingolo. "Nadie es profeta en su tierra, añade. Pero yo no me marcharé jamás. En el terreno de la lucha quedaré o quedarán. Si es cierto que el día de la justicia llega, yo debo esperarla confiadamente. No puede ser que todos los años se estén repartiendo los premios entre escritores cuyos nombres hasta son ignorados y que se postergue a los que, a la vista de todo lo Continente, han hecho una obra y se han formado una personalidad respetable. Pero yo no mendigaré premios ni justicia. Exigiré ambas cosas con el derecho que para ello me asiste.

"Y seguiré haciendo mi obra porque me siento escritor y porque estas miserias, lejos de acobardarme, templan todavía mucho más mi espíritu en la lucha. Seguiré presentando mis obras a los concursos literarios. Cada libro mío, será, mientras dure la injusticia, un tronco de quebracho atravesado en las vías del tren... Algún trabajo he de darles y, ¡cuidado todavía con el descarrilamiento!..."

En vista de lo cual el señor Díaz Usandivaras recusa a los jurados, y solicita que se declaren intervenidos los premios acordados. — *Ernesto Quijano*.

EDUARDO ACEVEDO DIAZ (h.) *Argentina te llamas*. Segunda edición. Editorial "El Ateneo". Buenos Aires, 1936.

En la página 5 de "Argentina te llamas", la protagonista epónima —como diría Ricardo Rojas— descubre con dolor la indiferencia de su Juancito. "No pudo levantarse de la inacción en que la dejó su frialdad", comenta el señor Acevedo Díaz.

En la página 25, Verona le desea a Marengo que "no gane un centavo más". Y el autor describe esa escena diciendo que Verona "le asestó la lanzada de su maldición".

El mismo Verona en la página 74, toma de un brazo a Argentina, y la "conmina a hablar". Pero Argentina "quedó inerte como paloma abatida por el halcón".

Poco después —y esto es lo último— no es Verona, sino Urgel el que se enfrenta con Argentina llorosa. "De las espesas y aleonadas pestañas, colgaba la última lágrima, como la gota iriscente que pende de la hoja después de la lluvia, reflejando la luz del sol que reaparece" (p. 125).

Opino que sobran las frases que he copiado para que el lector adivine a través de semejante prosa la atmósfera ridícula del libro. Doblemente ridícula si se sabe que el autor, en un prólogo pretencioso, asegura que así como en una obra anterior se propuso estudiar al "poblador euroindígena" desprovisto de "sentimientos jurígenos" (p. 2), en "Argentina te llamas" quiere mostrar el desnivel entre la civilización material del país y los valores espirituales. De alta inspiración pretende ser su romance; y aunque el autor se dice "novelista imparcial", dos líneas más abajo se confiesa solidario con el grotesco fantecho que en la novela representa al jefe de una banda fascista (página 5 v 248) ... Y

hace bien en decirlo, aunque sea redundante. Porque aún en ausencia de semejante confesión saldría a los ojos de todos que en opinión del señor Acevedo la Argentina no llegará a completar su figura cultural sino a condición de concluir de una vez con los "elementos disolventes".

En el "Nocturno" del señor Mailea es la hoguera lo que el héroe aconseja; en "Argentina te llamas" es la cachiporra lo que el autor enzalza...

Porque todas aquellas frases cursis del señor Acevedo, todas aquellas torpes imágenes de juegos florales de villorrio conducen a mostrar en la apoteosis final, cómo a fuerza de "manganello" se debe dar a la patria el nivel cultural que hasta ahora le faltaba. Para eso, el señor Acevedo describe de la manera más desdichada los ambientes estudiantiles "minados por la propaganda disolvente"; "expone" y "refuta" unas doctrinas absurdas que dice ser las del "marxismo revolucionario"; caricaturiza a las fuertes muchachas que quieren algo más que las cuatro paredes de la casa, y hace decir a la Argentina de su romance, en el mismo instante de arrojarse a los brazos del fascista Verona: "¡Juan Verona! Eres un águila. Te falta cielo donde volar..."

Esta escena en que la heroína suelta su amor, "con la expansión del vuelo de las palomas que abandonan en masa el palomar agredido" (p. 296), es el "broche de oro" de la novela, y el grito de triunfo del novelista. Después de haber pasado por ambientes equívocos y hasta de haber caído alguna vez — ¡horror de los horrores! — en los extravíos izquierdistas, la heroína encuentra en un fascista la salvación esperada...

Si el lector ha reparado en los detalles habrá visto que las pala-

mas abandonaron en la página 296 el palomar agredido; las mismas palomas que en la página 74 cayeron inermes bajo el halcón. Y habrá comprendido también a través de lo que llevamos dicho y copiado que la mentalidad cavernícola del autor de "Argentina te llamas" exigía como expresión adecuada ese perenne revoloteo de palomas con serpentina en el pico. — Luis Mariel.

COMMUNE, Revista mensual. Organó de la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios. París. Mayo de 1936.

Van en este número los siguientes trabajos: Barbusse; "Lenín y la filosofía"; Kantorowicz; "La preparación literaria de la guerra en Alemania"; Rossi; "La nueva literatura fascista"; Lucien Henry; "Del idealismo al materialismo"; Zostchenko; "Dos cuentos"; Maurice Fombeire; "Soldados"; una "Carta inédita del aduanero Rousseau" y un poema del siglo XVIII titulado, "La miseria de los obreros panaderos de los suburbios y de la ciudad de París".

Trae además sus secciones permanentes destinadas al comentario de "Las revistas", "Los libros", "El teatro", "El cine", "Las exposiciones" y "La música". Firman estas crónicas: René Maublanc, J. Soustelle, Aragón, Tristan Remy, Maurice Line, Marcel Gromaire, Georges Besson, Raymond A. Dior, Etienne, G. Sadoul, Monmerot, J. Kaldor, y René Blech.

EUROPE, Revista mensual. Aparece en París. Comité de dirección: Romain Rolland, Pierre Abraham, Aragón, René Arcos Jean Richard Bloch, Dominique Braga, André Chamson, Luc Durtain, Georges Friedmann, René Lalou, René Maublanc, Jean Cas-

sou. Número 161. 15 de mayo de 1936.

Contiene: Un fragmento de un volumen de Romain Rolland próximo a aparecer en el que este escritor continúa sus "Estudios sobre Beethoven", titulado "Retrato de Beethoven a los cincuenta años"; un extracto de la obra de I. K. Luppel sobre "Diderot" cuya traducción francesa se halla en prensa y que se titula "Diderot y su tiempo"; "El sol estaba entre nosotros", de Marie Voronca; "Les beaux quartiers", de Aragón; "Fé y Revolución", de Robert Honnert (una opinión acerca de la aproximación de católicos y revolucionarios en el Frente Popular); "El orden y el imperio", de Roger Caillouis; y la conclusión de "Una casa", de Madeleine Vian.

Jean Richard Blech firma un entusiasta comentario sobre la vida actual en sus distintos planos, demostrando con ejemplos tomados de todos los ángulos que "Estamos al comienzo de todo". Jean Cassou que reemplaza a Jean Guéhenno en el cargo de Director en Jefe, expone la finalidad de la revista y su inalterable orientación. René Maublanc inicia un estudio sobre "Jules Romains y el arte de la novela"; Henri Mineur da a conocer un ensayo sobre "La evolución dialéctica de la noción de tiempo"; Louis Cheronnat, Daniel Lazarus y Leon Limon, tienen a su cargo respectivamente las secciones de Arte, Música y política; y Georgette Camille desarrolla el tema "Los poetas y la tradición oral" en oportunidad de un comentario a una reunión en que se honraba a los poetas soviéticos y franceses. En las páginas bibliográficas se comentan los libros: "Vistas sobre la tierra prometida" de Elie Faure y "Porcelana de Limoges" de Jacques Chardonnet.

VENDEMI, Semanario literario y político francés. Fundado por escritores y periodistas y dirigido por ellos.

Lleva cumplidos 6 meses de vida y colaboran con frecuencia en él, junto a muchos otros escritores: André Gide, Romain Rolland, Jules Romains, Julien Benda, Jean Schlumberger, y Jean Genou. Sus doce páginas de combate, traen la voz de todo lo que en Francia tiende hacia la vida. Defiende por eso mismo el Frente Popular, cuya cohesión aspira a favorecer desde sus columnas, y constituye un haz de claridad y decidida orientación entre la avalancha de los abundantes semanarios parisienses velada o abiertamente controlados por las derechas.

Sigue paso a paso en secciones fijas la producción literaria nacional; los acontecimientos teatrales, cinematográficos, musicales y radiotelefónicos; los sucesos significativos de la economía y la política mundiales, y todo aquello que pueda contribuir al esclarecimiento de la vida en nuestros días. En sus últimas páginas, entre las que no faltan las secciones destinadas al sport y al hogar, publica novelas y cuentos, ilustrados profusamente.

Integra el comité director: Andrés Viollis.

LEVYATAN, Revista mensual de hechos e ideas. Director: Luis Araquistain. Madrid. — Mayo de 1936.

Acaba de cumplir su segundo año de vida. El número correspondiente al mes de mayo contiene: un artículo polémico de Luis Araquistain titulado: «¿Qué partido obrero debe dirigir la revolución?» en el cual el autor refuta las apreciaciones hechas por Vicente Uribe en «Mundo Obrero» con respecto a un trabajo suyo titulado «Paralelo histórico

entre la revolución rusa y la española»; un trabajo de Alfredo Lagunilla sobre «La quiebra financiera de la reforma agraria»; un «Ensayo crítico militar de la insurrección de Asturias» extraído de un libro del mayor Grap en preparación; un trabajo de Ramón J. Sender, «El novelista y las masas»; un estudio sobre «La última crisis política de Méjico» de L. Fersen, y un breve trabajo de Rolf Reventlow titulado «La familia como institución económica». Continúa en este número la transcripción seleccionada de textos de Marx, escogidos esta vez, entre aquellos que más directamente aluden a las superestructuras artísticas y científicas. En las páginas destinadas al análisis bibliográfico se comentan las siguientes obras: Ignacio Silone, «Origen y crecimiento del fascismo» (en alemán); Bertrand Russell, «Libertad y organización»; Francisco Domenech, «Ciencia y sociedad».

**NUOVA CULTURA, Revista mensual de Valencia.** Dirigen: César M. Arconada, María Teresa León, Arturo Serrano Plaja y Rafael Alberti. Repareció el 1° de mayo.

Se inicia en este número la publicación de un trabajo de José Bueno titulado «El problema agrario en España a través de la historia». Entre las distintas colaboraciones se destacan, un ensayo de E. Schiller sobre «Marx y los realistas del siglo XIX» en el que se evocan principalmente los juicios de Marx sobre Balzac, y un paralelo de León Moussinae entre las películas «Tchapaief» y «Viva Villa». Juan Piqueras publica un estudio titulado «El arte en el cine como expresión económica», y Francisco Carreño, a su vez, un ensayo sobre «El arte de tendencia y la caricatura».

En la Sección Pedagogía, se comenta una de las manifestaciones de la vida escolar nazi consistente en la difusión entre los estudiantes de una obrera de marcada orientación guerrera titulada «Destino alemán», y se transcribe la encuesta que Andrés Gide dirigió a los maestros y pedagogos desde las páginas de «Commune».

«Nueva Cultura» publica además una revista complementaria, «Problemas de la nueva cultura», cuyo primer volumen titulado «Mensaje a la juventud española» está dedicado en su totalidad al Romanticismo. Entre sus numerosos trabajos figuran: «Las prisiones de Gerard Nerval» de Luis Cernuda, «Historia de las agitaciones obreras españolas en el siglo XIX» de «Algunos decretos y proclamas de la Comuna de París», «Espronceda o la rebeldía» de Miguel Pérez Ferrero, «Mister Witt en el Cantón» fragmento del libro de Ramón J. Sender, «Liberadores de la América española», «Victor Hugo» de José Bergamín, «Marx y Engels y el romanticismo» de César M. Arconada, «Héme en el destierro», «Puehkin enemigo de las tiranías» de María Teresa León, el «Discurso de Byron en el Parlamento inglés», etc., etc.

El número 2 de «Problemas de la Nueva Cultura» contiene entre otros los siguientes trabajos: Lenin, «Notas sobre Clausewitz»; Bueno, «Erasmo ante el nuevo humanismo»; Miguel Alejandro, «Rimbaud»; y Nadal, «Comentarios de la historia del bolchevismo de Popof».

**LA NUEVA PEDAGOGÍA. Revista mensual de Madrid.**

El número 1 que acaba de aparecer está dedicado a la educación burguesa y la educación proletaria. Colaboran: Rodolfo Llopis,

Vicente Valls, José Salgado, F. Carmona Menclares y Augusto Vidal. Contiene secciones fijas tituladas: «Panorama de la política pedagógica», «Crítica de libros» y «Reseña de revistas».

## Noticias y Comentarios

### SECUESTRO DE UN LIBRO DE VERSOS

En la ciudad de Buenos Aires, en el mes de Mayo del año de gracia de 1936, — casi un siglo y medio después de la Asamblea del año XIII, — el señor Intendente Municipal decretó el secuestro de un libro de versos que había recibido, poco tiempo antes, uno de los premios de «Estímulo a la Producción Literaria».

En los considerandos del decreto, el señor Intendente motiva la extraordinaria medida en la «índole inmoral, blasfematoria y antisocial» de dicho libro... Por su parte, el asesor letrado de la policía declaró que el autor de la obra revelaba una peligrosidad que invadía los dominios de la psiquiatría...

Tufo clerical hay, como se vé, en el decreto. La «Acción Católica Argentina», con otras asociaciones de igual tipo, fueron de las primeras en pedir la cabeza del poeta. Y no deja de ser sabroso el encontrarnos ahora con que los púdicos Tartufos que arrojan el pañuelo sobre el seno desnudo de Dorina, son los mismos que en sus diatribas contra el pensamiento libre salpican con las expresiones más soeces sus campañas turbias. ¿No fué Groussac, entre nosotros, el que llamó la atención sobre el carácter infamante de las polémicas fríascales?

El secuestro del libro de poemas ha producido, como era de esperar, un vasto movimiento de protesta. La A. I. A. P. E., de Buenos Aires, la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores, ha resuelto dirigirse a todas las organizaciones de intelectuales y escritores del país, así como a las revistas literarias, para que definan su posición frente a un acontecimiento tan inusitado. Al mismo tiempo ha hecho conocer por medio de la prensa el siguiente comunicado:

«El secuestro de un libro de poesías, por razones de «moral», de «orden» y de «higiene mental», constituye en el ambiente de violencia en que vivimos un signo más de la extrema gravedad de la hora actual.

«Al mismo tiempo que las fuerzas regresivas del país lanzan impunemente un manifiesto a la Nación en que exigen un régimen de fuerza; al mismo tiempo que desorganizan la vida institucional planteando el conflicto que es notorio; un libro de versos — premiado en un concurso perfectamente legal — cae bajo la excomunión de una censura que ninguna de nuestras leyes autoriza.

«Antecedentes notorios en la historia nacional enseñan el origen y el alcance de semejante atropello a la libertad del escritor; como así también la fragilidad de las opiniones oficiales en

asuntos de esta índole. En la época más sombría de la vida argentina fueron "alienados", "anarquistas" e "inmundos" los escritores más insignes de la izquierda de entonces.

"En nombre de los setecientos escritores, periodistas y artistas que constituyen A. I. A. P. E., levantamos nuestra protesta más vibrante. Están con nosotros no sólo las fuerzas de las grandes masas, sino también el pasado liberal de la Argentina".

#### BOLIVAR Y MARX

El señor Onofrio Elguera, de la Habana, Cuba, nos escribe preguntando "si hay en Marx alguna referencia al artículo sobre Bolívar, que "Dialéctica" publicó en el número primero. En el libro de Mehring no he encontrado la más mínima alusión".

Como la pregunta puede interesar a nuestros lectores preferimos contestar al señor Elguera, en nuestras páginas. En la correspondencia de Marx y Engels, que Bebel y Bernstein publicaron, hay dos referencias de Marx al artículo sobre Bolívar, destinado a la enciclopedia yanqui que dirigía Dana y editaba Appleton. En el tomo V, pág. 189, de la "Correspondance Marx-Engels", (traducción francesa de Molitor, edición Costes, París, 1932), Marx le escribe a Engels, con fecha 14 de febrero de 1858: "A propósito de un artículo bastante largo sobre Bolívar, Dana me ha hecho algunas objeciones, diciendo que está escrito "en estilo de partidario" y me reclama mis referencias. Aunque sea un pedido bastante raro, puedo darle naturalmente las referencias. En cuanto a lo de "estilo de partidario", reconozco que me he salido del tono de la enciclopedia. Pero ver que comparen a Napoleón I, con el pillo más cobarde, más vulgar y más miserable, es algo que excedía todo límite. Bolívar es el verdadero Soulouque". Y pocos días después, el 22 de febrero, Marx le dice a Engels que está esperando que se acepte su artículo sobre Bolívar (p. 193).

Para que los lectores comprendan todo el alcance de la opinión de Marx, les recordaremos que el negro Faustino Soulouque (1782-1867), hijo de un esclavo, fué en 1847 presidente de la república de Haití. Proclamado Emperador, por un senado servil, se entregó a toda clase de violencias, hasta que fué destronado.

# DIALÉCTICA

BIBLIOTECA Dirigida por ANIBAL PONCE

MAIPU 220

BUENOS AIRES

ARGENTINA

*Paralelamente a la revista, una biblioteca de autores extranjeros y nacionales completará con ediciones económicas, pero pulcramente presentadas, la vasta obra de cultura que nuestra empresa inicia.*

*Dividida en seis secciones, - Polémica, Teoría, Historia, Nuestra América, Los Precursores, Los Filósofos, - nuestra biblioteca comenzará la serie publicando en breve plazo los siguientes volúmenes:*

PRECIO DEL VOLUMEN

SIMPLE: 0.50 CTS.

PRECIO DEL VOLUMEN

DOBLE: \$ 1.00

SERIE «POLEMICA»: LAFARGUE.—Por qué cree en Dios la burguesía. (Agotado)

SERIE «TEORIA»: PLEJANOV. La concepción materialista de la historia. MARX. La cuestión judía. (Apareció)

SERIE «HISTORIA»: MATHIEZ. Danton. KAUTSKY. La lucha de clases en Francia en 1789.

SERIE «NUESTRA AMERICA»: AGOSTI. Crítica de la reforma universitaria.

REMITASE EL IMPORTE EN CHEQUE POSTAL A NOMBRE DE „DIALÉCTICA“



CeDedici